Liahona

Mayo de 1982
Número 5
Año 28

M205.5
L696s SP
v.28
1982

Liahona

Publicación de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días

Mayo de 1982
Número 5
Año 28

La Primera Presidencia: Spencer W. Kimball, N. Eldon Tanner, Marion G. Romney, Gordon B. Hinckley.

Consejo de los Doce: Ezra Taft Benson, Mark E. Petersen, LeGrand Richards, Howard W. Hunter, Thomas S. Monson, Boyd K. Packer, Marvin J. Ashton, Bruce R. McConkie, L. Tom Perry, David B. Haight, James E. Faust, Neal A. Maxwell.

Asesores: M. Russell Ballard, Loren C. Dunn, Rex D. Pinegar, Charles A. Didier, George P. Lee, F. Enzio Busche.

Editor: M. Russell Ballard – **Editor Gerente:** Larry A. Hiller – **Editor Asistente:** David Mitchell – **Sección Niños:** Bonnie Saunders – **Montaje y Diseño:** Roger B. Gylling – **Producción:** Norman Price.

Responsable de la traducción: Raquel R. V. Tokarz, Departamento de Traducción, 50 East North Temple, Salt Lake City, Utah, 84150, EE. UU.

Responsable de las páginas locales: Victoria Clemente, Camino del Medio 56, Cuarto 2, Premia de Mar, Barcelona.

INDICE

El poder del ejemplo, *N. Eldon Tanner* 1
"La estatura de la plenitud de Cristo", *Jeffrey Butler* 5
Al hijo que espero (poesía), *Marisa S. de Valente* 7
Hermanos, amad a vuestra esposa, *James E. Faust* 8
Padres felices, hijos felices, *Ed y Ann Lauritsen* 11
El triunfo de nuestra hija, *Paul W. Robinson* 16
El alcoholismo: ¿Hay esperanza?, *James R. Goodrich* 22
No basta con la intención, *Rex C. Reeve* 30
Dulce armonía, *Kathleen Lubeck* 33
Los cinco principios de la estabilidad económica, *N. Eldon Tanner* 38
Acróstico, *Edilberto Rodríguez* 45

SECCION PARA LOS NIÑOS

El carro de las abejas, *Eileen C. Black* 1
Para tu diversión 4
Heber J. Grant 6

Para subscribirse: Solicite su subscripción al representante de la Liahona en la rama donde resida, o a la Oficina Regional de Madrid. El precio de la subscripción es de 456 pesetas anuales o 38 pesetas cada mes.

© 1982 by the Corporation of the President of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints. All rights reserved.

La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días, Sierra de Guadarrama s/n°, San Fernando de Henares (Madrid), España.

Printed in the Federal Republic of Germany

PBMA 045A SP

El carro de las abejas

por Eileen C. Black

Aunque apenas podía ver por sobre el brazado de ramas llenas de hojas que llevaba, Willa supo, por el sordo zumbido que escuchó, que estaba cerca de las abejas. Dejó caer las ramas y se echó hacia atrás el sombrero.

—Ven, Willa —la llamó su abuelo—, quiero mostrarte algo.

La niña dudó por un momento antes de acercarse al abuelo, que estaba de pie al lado de algunas colmenas sujetas a un carro de cuatro ruedas.

—No tengas miedo; hoy las abejas

La vista de esos miles de abejas le produjo un extraño estremecimiento de temor.

están demasiado atareadas para ocuparse de ti. Tienen mucha miel para juntar.

Willa caminó con cuidado hasta donde estaba su abuelo y miró el lugar que le estaba señalando. Entonces pudo ver un enjambre de abejas colgando como un racimo en la parte exterior de una de las colmenas.

—Están tan amontonadas que pronto formarán un nuevo enjambre —le explicó—. Cuando la reina se vaya volando, muchas la seguirán; y después que todas éstas se hayan ido, una nueva reina pondrá huevos para aquellas que queden.

—¿Adónde se irán? —preguntó Willa tratando de sofocar el instinto de dar un manotazo a las abejas que pasaban zumbando y casi rozándole la cara.

—Probablemente a un árbol cercano. Se reunirán allí y enviarán a las exploradoras para inspeccionar las cercanías y encontrar un nuevo lugar donde establecerse. Voy a hacerles una nueva colmena para poder atraerlas y colocarlas de vuelta en el carro.

—¿Cómo vas a conseguir ponerlas en la nueva colmena? —preguntó Willa, mientras lentamente se iba apartando del carro con la esperanza de que su abuelo la siguiera.

—Si se juntan en una rama chica, podemos cortarla y traerla hasta donde está la colmena, entonces daremos vuelta la colmena con la entrada hacia arriba y sacudiremos la rama para que las abejas caigan adentro.

Tengo miedo de estar cerca de un lugar en donde miles de abejas tienen sus colonias, pensó Willa. Ella sabía que su abuelo no era lo bastante ágil como para subirse a los árboles, y por la forma en que él seguía diciendo "haremos", se dio cuenta de que le pediría ayuda.

La niña miró hacia donde se encontraban reunidas las carretas cubiertas con toldos.

—Quizá mi amigo Kurt pueda ayudarte a llevar el enjambre a la nueva colmena —le dijo esperanzada.

—Las abejas se van a llenar bien de miel antes de alejarse, y es difícil para una abeja cuando está llena curvar el abdomen para picar —la alentó el abuelo dándole una palmadita en el hombro.

Luego comenzó a juntar las ramas y las fue colocando sobre la armazón de varas de nogal que había preparado sobre el carro, a fin de que dieran sombra a las colmenas.

—Todavía hay un largo camino que recorrer hasta llegar al Valle del Lago Salado —siguió diciendo—. Me han dicho que no han visto abejas por

allí, así que debemos llevar las que tenemos para polinizar nuestros árboles frutales. Quiero que aprendas a ayudar en el cuidado de las abejas, Willa. Yo no voy a poder hacer siempre el trabajo —le dijo, rodeándole la cintura con el brazo mientras caminaban hacia la carreta—. Me gustaría que cortaras una buena cantidad de paja seca para hacer la nueva colmena. Yo voy a ir río abajo a buscar algo que sirva para atarla.

Esa tarde Willa se sentó con su abuelo a la sombra de la carreta para mirar cómo éste hacía la colmena. En seguida, Kurt salió de su carreta y también se puso a observar.

—Este tipo de colmena parece una cesta invertida —les explicó el anciano—. Mi padre me enseñó a hacerlas. El me dio este hueso en forma de aguja que uso para pasar la atadura a través de la paja. Cuando él vino de Holanda en barco, trajo consigo sus abejas. Como los jareditas —aclaró.

—Sí, ellos cruzaron el océano en barcos para llegar a la tierra prometida, y trajeron abejas —dijo Kurt—. Leí sobre eso en el libro de Eter.

—"Y también llevaron con ellos deseret" —citó el abuelo—, "que interpretado significa abeja obrera; y así llevaron consigo enjambres de abejas . . ." (Eter 2:3.)

A la mañana siguiente la niña estaba sentada en el asiento de la carreta mientras la mamá le peinaba los largos cabellos color de miel.

—Mamá, yo tengo miedo de las abejas —confesó—. Nunca voy a olvidar cómo me dolió aquella vez que una me picó.

—Tu abuelo sabe mucho acerca de apicultura —le dijo su mamá para darle ánimo—. Si haces lo que él te dice, seguramente no te picarán.

—Pero todavía tendré miedo —murmuró Willa.

—A veces es bueno tener miedo —le dijo la mamá—. Sólo son los imprudentes los que nunca tienen miedo. Los valientes son aquellos que, aunque lo tengan, siguen tratando.

La niña se quedó sentada en silencio, mientras su mamá le envolvía los cabellos trenzados alrededor de la cabeza como una corona dorada. Repentinamente ésta le dijo:

—¡Escucha! Las abejas están formando un enjambre.

Willa saltó de la carreta y vio una nube de abejas juntándose al lado del carro.

—Llama al abuelo —gritó—, yo las seguiré.

Las abejas volaron hasta un gran árbol que estaba a orillas del río mientras Willa corría detrás de ellas. Al llegar, vio que comenzaban a congregarse formando una gran masa en una rama alta. Cuando recobró el aliento, comenzó a llamar a su abuelo para que pudiera encontrarla.

El llegó llevando la nueva colmena y una tabla de madera. Dentro de la colmena había un par de guantes y un sombrero de ala ancha cubierto con un tul de algodón.

—Tú eres una niña muy resuelta, Willa —le dijo el abuelo achicando los ojos para mirar hacia arriba donde estaba el enjambre—. ¿Crees que podrías subir hasta allá arriba?

Ella miró el árbol; sabía que podía, pero la vista de esos miles de abejas le produjo un extraño estremecimiento de temor.

—Voy a buscar a Kurt —le respondió, mientras salía corriendo en dirección a las carretas.

Sin embargo, pocos minutos después volvió sola; llevaba puestos unos pantalones.

—Kurt está enfermo —le explicó al

Continúa en la pág. C8

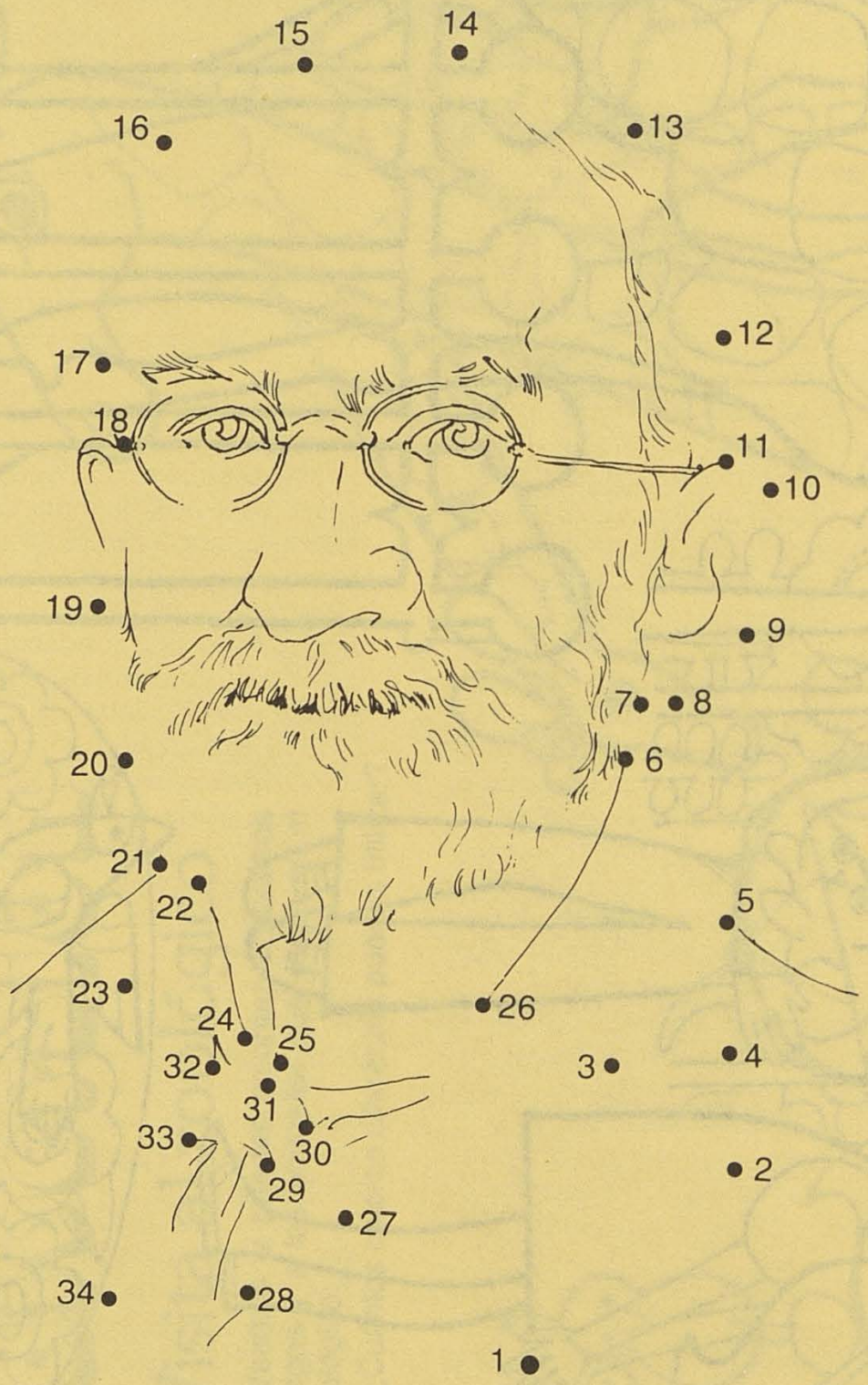
Para tu diversión

Visita al zoológico

Veamos si puedes colorear a nuestros amigos y a los animales que están en el zoológico.

¿Cuántos colores diferentes puedes utilizar?

HEBER J. GRANT
1856-1945



Cuando Heber Jeddy Grant tenía apenas nueve días de edad, falleció su padre después de librar una lucha desigual contra la pulmonía. Jedediah M. Grant, el padre de Heber, tenía en esa época solamente cuarenta años; había servido lealmente como misionero de la Iglesia, segundo consejero del presidente Brigham Young y primer alcalde de Salt Lake City.

Para poder mantenerse y criar a su hijo Heber, Rachel Grant cosía para otras personas y daba pensión.

Cuando el pequeño Heber tenía unos seis años, le gustaba colgarse de la parte de atrás de los coches que pasaban, viajando de esa manera por una cuadra o dos. En una oportunidad, se colgó del coche del presidente Brigham Young, cuyo cochero acostumbraba guiar bastante rápido. Años después recordaría:

"Me encontré volando a tal velocidad que no me atrevía a saltar. . . .

Cuando el presidente Young se dio cuenta de que yo iba colgado de su coche, inmediatamente gritó: '¡Hermano Isaac, deténgase!' Luego le pidió a su cochero, Isaac Wilson, que se bajara y me pusiera en el asiento delantero arropado con su manta. Entonces me preguntó '¿Estás abrigado?', le dije que sí, y él quiso saber mi nombre y dónde vivía. Luego me habló en una forma muy amable, me dijo lo mucho que había querido a mi padre y lo bueno que éste había sido, y que esperaba que yo fuera tan bueno como él. Nuestra conversación terminó con la invitación de que algún día pasara por su oficina a conversar con él."

Heber J. Grant visitó a Brigham Young muy a menudo, y sobre esta amistad nos dice:

"Aprendí no sólo a respetarlo y a venerarlo, sino a amarlo con un afecto tal como el que imagino habría sentido por mi propio padre, si hubiera tenido la oportunidad de conocerlo".

El hermano Grant trabajó en su servicio a la Iglesia tan diligentemente como lo hizo en sus negocios. A los veintitrés años fue llamado como presidente de la Estaca de Tooele, en Utah; a los veinticinco llegó a ser un Apóstol de la Iglesia; en 1901, fue elegido para abrir una nueva misión en Japón.

En el año 1918, Heber Jeddy Grant fue sostenido como el séptimo Presidente de la Iglesia, cargo que ocupó durante más de veintiséis años, más tiempo que cualquier otro presidente con la excepción del propio Brigham Young. Su espiritualidad en el liderazgo así como su valiosa intuición para los negocios ayudaron a que la Iglesia progresara durante esos años. Falleció en 1945, a la edad de ochenta y ocho años.

Viene de la pág. C3

abuelo con la voz todavía agitada por la carrera—. El no puede venir, así que le pedí prestados estos pantalones. Yo voy a subir al árbol.

El abuelo la ayudó a ponerse el sombrero y se aseguró de ajustarle bien el tul alrededor de los hombros y el cuello. Willa se puso los guantes y tomó el cuchillo que el abuelo sacó del bolsillo.

—Recuerda, niña —le advirtió—, las abejas están contentas y están llenas de miel; pero debes tener cuidado de no sacudirlas para que no se suelten de la rama y se vayan a otra parte.

Al llegar arriba, Willa se sentó en una rama gruesa y desde allí pudo alcanzar la otra, de donde colgaban las abejas.

Mientras ella cortaba la rama, las abejas caminaban por sus guantes y por las mangas largas de la blusa; zumbaban cerca de su cabeza y algunas se posaron en el tul que pendía del sombrero.

Cuando terminó la tarea y estaba bajando, sintió que una abeja se le metía adentro del guante, e inmediatamente un dolor punzante como un fuego le atravesó la mano. Ya no tuvo fuerzas para sujetar la rama, y ésta cayó con el enjambre; pero el abuelo la recogió diestramente en la colmena, que había colocado con la abertura hacia arriba; luego enderezó ésta, y ya con las abejas adentro, la colocó sobre la tabla.

—Las dejaremos allí —dijo el abuelo en tanto ayudaba a sacar las abejas que habían quedado en la ropa de Willa—. Para el atardecer todas estarán adentro, y entonces podremos llevarlas de vuelta al carro.

Esa noche, mientras ayudaba a su abuelo a llevar el panal al lugar donde quedaría, la niña pensó: *Lo que dijo mamá acerca de ser valiente es verdad; y da resultado.*

Como reflexionando en voz alta, el abuelo le dijo:

—¿Sabes, niña? El autor inglés Shakespeare dijo en una de sus obras: "¡Los cobardes mueren varias veces antes de expirar! ¡El valiente nunca saborea la muerte sino una vez!"* Y tiene razón; cada vez que el miedo a la muerte nos aprieta el corazón, es como si estuviéramos pasando por la experiencia de morir.

—¡Entonces esta tarde, cuando estaba subida a aquel árbol, debo de haber muerto por lo menos mil veces!

—Pero fuiste valiente, y como premio por tu esfuerzo quiero darte esta colmena que ya tiene el enjambre.

Después que ataron la colmena al carro, Willa dijo entusiasmada:

—¡Abuelo! ¿Por qué no llamamos "Deseret" a esta nueva colonia, como las abejas de los jareditas?

—¡Claro que sí! —le respondió el abuelo sacándose el sombrero y frotándose la cabeza—. Creo que es un nombre perfecto. Las abejas son un símbolo de la laboriosidad y la armonía. Y —agregó— ése es justamente el nombre apropiado.

La niña miró cómo su abuelo colocaba telas en la entrada de las colmenas y enganchaba a la carreta el carro en donde éstas estaban atadas, a fin de estar listos a la mañana temprano para continuar el viaje. Cuando terminó y se dio vuelta para marcharse, volvió la cabeza para echar otra mirada a las colmenas; y mientras se alejaba, ella lo oyó murmurar satisfecho, "Deseret".

Willa se tocó la picadura que tenía en la mano. Ya estaba mejor.

**William Shakespeare (1564-1616)*, Julio César, *acto II, escena II.*

El poder del ejemplo

por el presidente N. Eldon Tanner

Ultimamente, como en muchas otras ocasiones en el pasado, he notado que cada vez que en las noticias se menciona a un Santo de los Ultimos Días, ya sea porque ha sido nombrado para ocupar una posición gubernamental o por haber quebrantado la ley, generalmente se indica su afiliación mormona. Otras denominaciones religiosas muy rara vez reciben tal distinción, lo cual considero un honor, ya que deja en evidencia que el mundo cada vez se da mayor cuenta de quiénes somos realmente y, por lo tanto, espera más de nosotros.

El ejemplo que demos al mundo determinará en gran parte el que ganemos amigos o enemigos. Es de suma importancia que cada uno de nosotros viva de acuerdo con las normas de la Iglesia, se adhiera a los preceptos del evangelio y guarde los mandamientos de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, los cuales se nos han definido tan claramente.

Es siempre conmovedor leer los hermosos relatos de lo que se puede llegar a alcanzar por medio del poder del buen ejemplo. Hace poco tiempo leí una historia que me gustaría repetir. Un hombre que no es miembro de la Iglesia relata una experiencia que tuvo cuando trabajaba hace diez años en un almacén, como asistente del gerente. Debido a la naturaleza del trabajo era necesario que se diera empleo a estudiantes de 16 a 18 años para que trabajaran en el turno de la noche. El dijo:

"No puedo precisar en qué circunstancias le di empleo a la primera jovencita mormona que entró a trabajar en el negocio. Tendría unos 16 o 17 años, y aunque ni siquiera puedo recordar su nombre, nunca

podré olvidar su ejemplo. La caracterizaba una honradez casi sin igual, siempre estaba dispuesta a prestar sus servicios y su apariencia personal no podía ser mejor. Creo que estas palabras no pueden describirla en la forma que yo quisiera. Comparándola con otros jóvenes, ella en verdad era sobresaliente."

Poco tiempo después, el mismo hombre empleó a una amiga de esta joven y se dio cuenta de que ella también era una empleada ejemplar. Ambas eran amigables, y tenían una actitud servicial, tanto para con sus compañeros de trabajo como para con los clientes.

El ejemplo que demos al mundo determinará en gran parte el que ganemos amigos o enemigos.

"Pronto quise darles empleo a todas sus amigas mormonas, pues, en mi opinión, individual y colectivamente eran las mejores personas que hasta el momento habían trabajado allí. Sus acciones nunca me desilusionaron y siempre probaron que eran dignas de confianza. Nadie podría desear tener mejores empleadas y compañeras de trabajo."

Una noche él quiso comprar una pizza para la cena, pero debido a la cantidad de trabajo que tenía, le fue imposible salir del almacén, así que una de estas jovencitas mormonas se ofreció para ir a comprarla. Cuando regresó, se enteró de que la jovencita había tenido un pequeño accidente con el automóvil. En vista de que había ido a hacerle un favor, él ofreció pagar los gastos por los daños ocasionados; mas ella rehusó diciendo que ésa era su responsabilidad. Este señor dijo: "Nunca creí que jóvenes de esa edad pudieran tener esa clase de carácter. Jamás podré olvidarlas".

Hace poco tiempo este hombre conoció, por medio de su hijo, a unos misioneros de la Iglesia, recibió algunas charlas y asistió a las reuniones dominicales. Al expresar sus comentarios sobre lo que pensaba de los mormones, dijo: "Me he dado cuenta de que lo que admiraba en esas jovencitas hace diez años lo encuentro también en los mormones adultos que he conocido. Me gusta la importancia que dan a la familia y a la vez pienso que es el grupo de personas más felices que he conocido".

¡Qué hermoso sería si todos pudiésemos dar esa clase de ejemplo y causar tal impresión en todos los que conocemos!

En otro artículo muy reciente que trataba de una conversión, aparecía este título: "El ejemplo es el factor vital de la conversión". A menudo oímos de conversiones que se han efectuado por medio del ejemplo de algunos de nuestros miembros; pero pensad en el impacto que causaríamos si *todos* viviéramos de tal manera que llegáramos a influir en otras personas por medio de nuestro ejemplo.

Somos afortunados por tener el Evangelio de Jesucristo y comprender lo que puede significar en nues-

tra vida si nos preparamos para vivir eternamente en la presencia de Dios. El mundo no comprende el significado de la vida eterna, de manera que tenemos la oportunidad y la responsabilidad de enseñar a todas las naciones este glorioso principio. Cuán bendecida es la criatura que vive en un hogar donde los padres tienen el conocimiento y testimonio del evangelio, viven de acuerdo con esos principios, y reconocen la responsabilidad que tienen de enseñar a sus hijos a hacer aquello que les dé gozo duradero, felicidad y éxito, y les ayude a prepararse para la inmortalidad y la vida eterna. El Señor ha dicho:

"Y además, si hay padres que tienen hijos en Sión o en cualquiera de sus estacas organizadas, y no les enseñan a comprender la doctrina del arrepentimiento, de la fe en Cristo, el Hijo del Dios viviente, del bautismo y del don del Espíritu Santo por la imposición de manos, al llegar a la edad de ocho años, el pecado será sobre la cabeza de los padres.

Y también enseñarán a sus hijos a orar y a andar rectamente delante del Señor." (D. y C. 68:25, 28.)

No existe responsabilidad, privilegio o bendición mayores que los de ser padres dignos. Desde el momento en que tuve conciencia, he estado agradecido a mi Padre Celestial por haber nacido "de buenos padres" (1 Nefi 1:1) quienes me enseñaron que, así como yo era su hijo mortal, también era un hijo espiritual de Dios, y que tanto El como mis padres esperaban que llevara una vida digna de ellos. Me dieron el ejemplo a medida que trataban de vivir de acuerdo con las enseñanzas del evangelio; fueron honrados, honorables y rectos en todos los aspectos de la vida y esperaban lo mismo de mí. Yo sabía que tenían la convicción de la veracidad del evangelio, y deseaban y estaban dispuestos a guardar todos los mandamientos.

Nunca desearon que hiciera algo que ellos no estuvieran preparados para hacer, pero siempre esperaron que yo hiciera lo que era correcto, que anduviera rectamente delante del Señor y viviera de forma tal que todos mis amigos y aquellos con quienes me relacionara confiaran en mí. Me enseñaron a mantenerme moralmente limpio, a guardar el día de reposo, a cumplir con la Palabra de Sabiduría, a pagar el diezmo y las ofrendas y a orar constantemente teniendo la seguridad de que mi Padre Celestial estaría ahí para escucharme y contestar mis oraciones, además de fortalecerme y guiarme cuando yo lo necesitara. Siempre supe que podía depender de ellos en todas las cosas, pues eran justos en su trato conmigo y con sus semejantes. Cuán afortunado es el hijo que tiene padres así y puede ir con toda confianza a hablarles de sus problemas.

Mi padre, que durante los años en que yo poseía el Sacerdocio Aarónico, además era mi obispo y también mi mejor amigo, me enseñó a honrar el sacerdocio. Siempre hizo hincapié en la importancia de este poder y en la autoridad para actuar en el nombre de Jesucristo, el único ejemplo perfecto que debemos seguir. Si podemos aprender a sentir el gran amor que El tiene por nosotros y a recordar que murió para redimirnos de nuestros pecados, siempre estaremos deseosos de vivir de la forma en que El nos enseñó.

Ya sea que estemos trabajando, jugando, estudiando o cumpliendo con nuestros deberes espirituales, nuestro buen ejemplo puede influenciar en la vida de aquellos con quie-

nes nos relacionamos. Nunca debemos avergonzarnos del Evangelio de Jesucristo o de pertenecer a su Iglesia, sino que debemos ser valientes en la defensa de la verdad y estar dispuestos a soportar la persecución que se desate en contra de nosotros por motivo de nuestra fe. En esto también podemos ser ejemplos. Recordemos las palabras del Salvador:

"Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo.

Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros." (Mateo 5:10-12.)

Hoy día tenemos que enfrentarnos a nuevas amenazas, nuevos cometidos, nuevos métodos de comunicación, y mayores oportunidades de las que hemos tenido en el pasado, antes de que lleguemos a ser una luz sobre un cerro. Recordemos nuevamente la admonición dada por el Salvador en el Sermón del Monte:

"Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder.

Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa.

Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos." (Mateo 5:14-16.)

En una ocasión en que la niebla era muy densa en Londres, un jovencito caminaba llevando en su mano una linterna encendida. De repente surgió una voz de la obscuridad que dijo:

—Guíame hasta el hotel y te daré un chelín.

—Con mucho gusto, señor.

De manera que el muchacho, sosteniendo la linterna para que el extraño pudiera ver, lo guió hasta el hotel. Al llegar, no sólo uno sino cuatro hombres extendieron la mano para darle un chelín al jovencito. Los otros tres habían visto la luz y sin decir palabra la habían seguido. De la misma manera sucede con cualquiera que muestre el camino hacia la verdad y la luz.

Por medio de nuestro ejemplo, podemos iluminar todo un mundo de obscuridad.

Ideas para los maestros orientadores

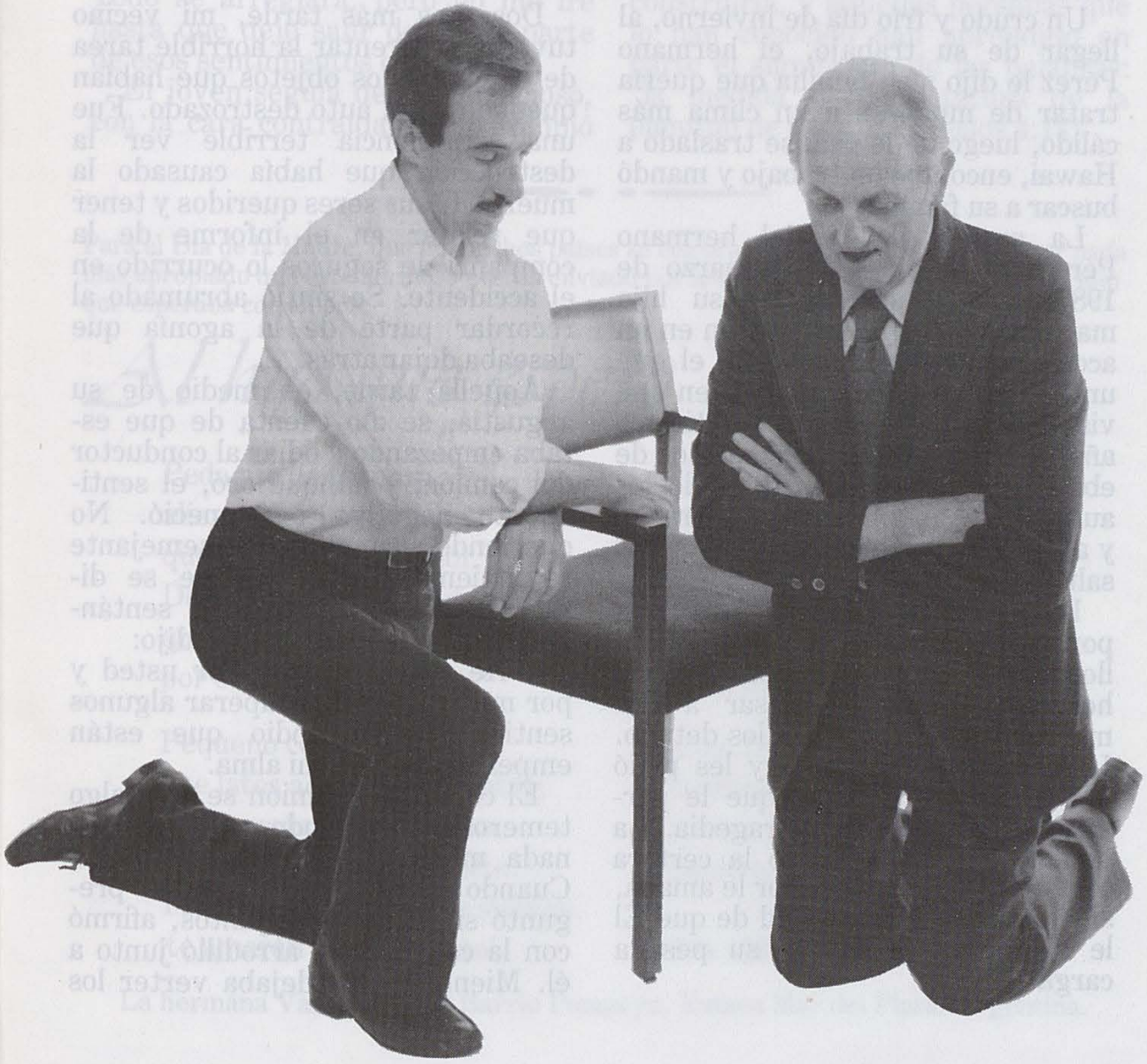
1. Relatar una experiencia personal sobre el poder del ejemplo. Pedir a los miembros de la familia que compartan experiencias que hayan tenido al respecto.
2. ¿Hay en este artículo algunos versículos de las Escrituras o alguna cita que la familia pueda leer en voz alta, o algunos pasajes suplementarios de Escrituras que usted desee leer con ellos?
3. Hablar de las oportunidades que los miembros de la familia tienen de ser ejemplos para los demás. ¿Por qué es el ejemplo un maestro tan poderoso?
4. Analizar las diferencias que existen entre ser un ejemplo verdadero de amor y justicia y ser simplemente un *hipócrita*. ¿Por qué es tan importante que nuestros pensamientos estén de acuerdo con nuestros actos?
5. ¿Se tendría más éxito con esta lección si antes de la visita se hablara con el jefe del hogar? ¿Hay algún mensaje para el padre que provenga del líder de quórum o del obispo y que tenga que ver con el poder del ejemplo?

La capacidad que el hombre posee para enfrentarse con las dificultades de la vida es lo que muestra la medida de su grandeza. ¿Harán que pierda la fe en sí mismo, en sus semejantes y en Dios? ¿O será capaz de levantarse ante la tragedia, dándonos una visión de lo que es la fortaleza innata del ser humano?

Mi vecino tuvo que enfrentar la tragedia bajo circunstancias tan dolorosas como nadie puede imaginar, y vale la pena dar a conocer su

"La estatura de la plenitud de Cristo"

por Jeffrey Butler



ejemplo.

Para proteger su vida privada, lo llamaremos hermano Pérez. Se convirtió a la Iglesia en Minnesota, hace ya treinta años, gracias al ejemplo de una maestra de escuela, miembro de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días; el entusiasmo que ésta tenía por la vida, su sensibilidad en el trato con la gente, y luego su capacidad de amarlo incondicionalmente lo prepararon para el bautismo. Se casaron y tuvieron tres hijas y un hijo. Más tarde, el padre de la hermana Pérez falleció y su madre fue a vivir con ellos.

Un crudo y frío día de invierno, al llegar de su trabajo, el hermano Pérez le dijo a su familia que quería tratar de mudarse a un clima más cálido, luego de lo cual se trasladó a Hawai, encontró un trabajo y mandó buscar a su familia.

La prueba de fe del hermano Pérez comenzó el 17 de marzo de 1980, cuando su esposa, su hija mayor y su suegra perecieron en un accidente automovilístico en el que un camión chocó con el auto en que viajaban. El chofer, de veinticinco años, que se encontraba en estado de ebriedad, se pasó a la línea de los autos que iban en sentido contrario, y allí tuvo lugar el choque del que él salió ileso.

La policía le comunicó la noticia por teléfono; y al salir a la calle, llorando e implorando fortaleza, el hermano Pérez vio pasar a dos miembros de su barrio y los detuvo. Les explicó lo sucedido y les pidió una bendición especial que le permitiera sobrellevar su tragedia. La bendición no sólo le dio la certera convicción de que el Señor le amaba, sino también la seguridad de que El le ayudaría a soportar su pesada carga.

Casi de inmediato este hermano empezó a sentir la influencia de esta promesa. Quiso hablar en el funeral, tratando de ayudarnos a aceptar y a enfrentar la vida sin los seres queridos y siendo él mismo un ejemplo. Trataba por todos los medios de aliviar nuestro dolor, aun cuando él era el que más sufría.

El último discursante, manteniendo el espíritu que había comunicado el hermano Pérez, nos exhortó a todos los presentes, particularmente a los deudos, a combatir cualquier sentimiento negativo que pudiera surgir contra el desafortunado chofer del otro vehículo.

Dos días más tarde, mi vecino tuvo que enfrentar la horrible tarea de examinar los objetos que habían quedado en el auto destrozado. Fue una experiencia terrible ver la destrucción que había causado la muerte de sus seres queridos y tener que relatar en el informe de la compañía de seguros lo ocurrido en el accidente. Se sintió abrumado al recordar parte de la agonía que deseaba dejar atrás.

Aquella tarde, en medio de su angustia, se dio cuenta de que estaba empezando a odiar al conductor del camión; y aunque oró, el sentimiento negativo permaneció. No queriendo sucumbir ante semejante sentimiento, decididamente se dirigió a la casa del joven, y sentándose con él, simplemente le dijo:

—He estado orando por usted y por mí, tratando de superar algunos sentimientos de odio que están empezando a roer mi alma.

El chofer del camión se veía algo temeroso e incómodo, pero no dijo nada mientras mi vecino hablaba. Cuando el hermano Pérez le preguntó si podían orar juntos, afirmó con la cabeza y se arrodilló junto a él. Mientras éste dejaba verter los

más profundos sentimientos de su corazón en una oración, y su voz se entrecortaba al luchar por controlar su pena, pidiendo al Señor que ayudara a ambos a enfrentarse con la tragedia que compartían, el otro hombre permanecía silencioso.

Cuando se levantaron después de la oración, mi vecino notó que la cara del joven estaba tensa y pálida, pero sin expresión, entonces se acercó a él y rodeándole con los brazos, suavemente y con pacífica voz le dijo:

—Lo perdono y no guardo hacia usted ningún sentimiento de rencor. Todo se arreglará, pero no me iré hasta que deje salir de usted parte de esos sentimientos que retiene.

El joven seguía de pie silencioso, con la cara contraída; luego rompió en sollozos de agonía mientras dejaba correr lágrimas de pesar sobre el hombro del hermano Pérez. La esposa del joven chofer se unió a ellos y dijo a mi vecino:

—Mi esposo se ha sentido tan culpable que ésta es la primera vez desde el accidente que ha sido capaz de expresar sus sentimientos.

La prueba de fe del hermano Pérez no ha terminado aún, pues le quedan muchos años para vivir sin esos seres queridos que se fueron antes que él. Aún debe enfrentarse con la vida cada día. Pero esta misión de amor le ha ayudado a reconstruirla, y aquellas personas que lo han conocido han aprendido en parte el significado de las palabras: "la medida de la estatura de la plenitud de Cristo" (Efesios 4:13).

Para el Día de la Madre, que en muchos países se celebra en este mes, no podía haber nada más apropiado que este hermoso poema enviado por la hermana Valente y dedicado al hijo que esperaba con amor.

Al hijo que espero

por Marisa Sticco de Valente

Pedacito de ternura,
aliento de vida nueva
que pertenece al Señor.
Destello de luz sagrada
que llegas hasta la tierra
por el puente del amor.

Pequeño corazoncito,
que lates aquí en mi vientre;
madrugada de esperanza,
ven, que quiero conocerte.
Tus padres, que hoy te sueñan,
¡te amarán eternamente!

Con gratitud que es un canto
de alabanza y oración
al Señor agradecemos
y siempre repetiremos:
"Hijo del Convenio eres",
tibio nido de mi amor.

Risa fresca y cantarina,
la mirada siempre limpia,
manos puras y bondad;
¡quiera Dios que así despiertes,
hijo mío,
a la vida que El te da . . .!

La hermana Valente es del Barrio Pompeya, Estaca Mar del Plata, Argentina.

Hermanos, amad a vuestra esposa

por el élder James E. Faust
del Consejo de los Doce

En estos días he estado pensando seriamente en el papel que mi esposa desempeña en mi vida. Empecé mis reflexiones cuando el élder Boyd K. Packer, del Consejo de los Doce, me preguntó: "¿Qué habría sido de su vida sin su esposa?" Pude haberle contestado de inmediato "No habría llegado muy lejos", pero él ya sabía eso.

La pregunta penetró profundamente en mi alma, y pasé las siguientes veinticuatro horas pensando qué habría sido de mí sin el apoyo amoroso y dulce de mi esposa y sin la disciplina con que organiza todo. Me estremezco ante la sola idea de lo que habría sido mi vida si no la hubiera tenido a mi lado.

Sin embargo, si debo responder a la pregunta del élder Packer, honestamente debería decir que sin ella, mi vida habría sido poco menos que un fracaso. No me jacto de ser un experto en cuestiones de matrimonio; sólo he estado casado una vez, y gracias a mi esposa hemos tenido éxito. No reclamo el derecho de decir que somos un matrimonio mejor que ningún otro, pero sí reconozco estar casado con una compañera muy especial.

Una de las bendiciones mayores que podemos lograr al tener una buena esposa es que sea para nosotros una fuente para llenar la más básica de todas las necesidades del género humano: el amor. El amor más grande e incondicional que he tenido en mi vida lo he recibido de las buenas mujeres de mi familia: mi esposa, mi madre, mi suegra, mis abuelas, mis hijas y mis dulces nietas.

El gran incentivo que me ha ayudado en mis años de madurez ha sido el amor constante, indescriptible y sin reservas que siento por mi esposa. Esta relación sagrada que me une a mi compañera ha sido la bendición suprema de mi vida, y ni siquiera puedo imaginar qué habría sido de mí si me hubiera faltado ese don.

Aún me conmuevo al recordar algo que el presidente Marion G. Romney dijo días después del fallecimiento de la hermana Romney, ocurrido en 1979. En un discurso que dio en el templo, en una reunión del Consejo de los Doce, dijo: "Cuando falleció Ida, sentí que algo que había en mí desaparecía. Había perdido su respaldo". Al lado de su tumba me dijo: "Sé considerado con tu esposa; llévala contigo dondequiera que vayas, porque llegará el momento en

James E. Faust

"Sin ella, mi vida habría sido poco menos que un fracaso."

que ya no les será posible estar juntos en la tierra".

Estoy muy agradecido a muchas de las Autoridades Generales que han sido ejemplares por la bondad y consideración con que siempre trataron a sus respectivas esposas. Recuerdo perfectamente que mientras era presidente de estaca, me impresionó el ejemplo del ya fallecido élder S. Dilworth Young, del Primer Quórum de los Setenta. En esa época su primera esposa, Gladys, se encontraba inválida después de haber sufrido un cruel ataque de hemiplejia, y así estuvo por muchos años hasta su muerte, en 1964. El élder Young se esforzó siempre por cuidarla, vestirla, y alimentarla. Jamás en mi vida he visto un ejemplo de mayor gentileza y solicitud que el del hermano Young cuidando a su esposa. En cierta oportunidad me dijo: "Es la peor cosa que pudo haberle sucedido a Gladys y una gran prueba para mí. Comprendí muchas cosas y aprendí el verdadero significado del amor".

Muchos hombres se preocupan por tener éxito en su trabajo y le dedican a éste una gran parte de su tiempo, pero por el ejemplo de esposos amorosos y considerados, como el hermano Young, he aprendido que para tener éxito en nuestro trabajo, primero debemos tener éxito en nuestro hogar como esposos y padres.

Y aún así, a menudo mostramos más interés y dedicamos más tiempo a las personas que se relacionan con nuestro empleo, que a nuestros seres queridos dentro del hogar. He llegado a darme cuenta de que la labor que cumple mi esposa en nuestro hogar es más importante que cualquier trabajo que yo pueda hacer fuera de casa.

También me he dado cuenta de que nuestras esposas necesitan

Boyd K. Packer

"¿Qué clase de persona habría sido usted sin su cónyuge?"

constantemente nuestro amor, aprecio, compañerismo y reconocimiento. Si somos capaces de satisfacer esas necesidades, ocuparemos un lugar de honor, dignidad y respeto en el hogar, y recibiremos un amor y apoyo sin límites que nos alentarán a dar lo mejor de nosotros mismos.

Debemos recordar a menudo que nuestras compañeras han sido bendecidas con los divinos dones de la intuición, la fe y el amor; y que gozan de las bendiciones del sacerdocio, aun cuando no posean ningún oficio en él. Ellas pueden emplear estas bendiciones en la forma que sea más conveniente para nosotros, al mismo tiempo que con todo amor imponen la disciplina que necesitamos en nuestra vida, y nos ayudan a estar más cerca del Espíritu para cumplir con nuestros sagrados llamamientos. Esa amorosa disciplina es parte de lo que nos pule y lima las asperezas de nuestro carácter.

Isabel, la hija del presidente N. Eldon Tanner, dice de su padre: "Cuando mamá se casó con papá, él era sólo un joven granjero". Y continúa contando que cuando la hermana Tanner le hacía una amorosa sugerencia, él siempre

Marion G. Romney

"Sé considerado con tu esposa . . . porque llegará el momento en que ya no les será posible estar juntos en la tierra."

contestaba: "Si piensas que así debería hacerlo, así lo haré".

El escuchar a su buena esposa y al Señor ha hecho del presidente Tanner un gran hombre.

Nosotros no podríamos hacer ni la mitad de lo que hacemos si no tuviéramos el apoyo de nuestra dedicada compañera. Quizás a menudo nos olvidemos de expresarle nuestro aprecio; la aceptamos, o nos acostumbramos a su presencia como un hecho en nuestra vida. Pero, ¿cómo puedo esperar yo que el Señor me honre, o que esté contento con mi servicio, si no honro y estimo a mi compañera en todo su valor?

Si un hombre retiene o limita las bendiciones que deben emanar por medio de su sacerdocio para bendecir a su esposa y su familia, está ejerciendo injustamente la autoridad del sacerdocio.

Las bendiciones del sacerdocio no son exclusivas del varón, sino que alcanzan su máximo potencial en la relación eterna de los cónyuges cuando las comparten y las administran a sus familias. Estas bendiciones son la clave para lograr la vida eterna, la salvación y la exaltación por medio de la obediencia.

Debemos buscar una mayor espiritualidad en nuestras relaciones con nuestra esposa y nuestra familia. Si tomamos al Señor como socio, tendremos más paz, felicidad, unidad y gozo.

Sé que el evangelio es verdadero y sé que una parte importante de él es la forma en que trato a mi esposa en todo momento, todos los días. Creo que ninguno de nosotros puede llegar a la plenitud de su potencial sin una compañera eterna. En mi opinión, en el juicio final se nos juzgará según hayamos sido como personas, como esposos y como padres, y según la clase de familia que hayamos logrado formar.

Hermanos, necesitamos vivir el mandamiento del Señor:

"Amarás a tu esposa con todo tu corazón, y te allegarás a ella y a ninguna otra." (D. y C. 42:22.)

Hablad al respecto

Después de leer este artículo, los cónyuges podrían conversar sobre algunas de las siguientes preguntas y puntos importantes:

1. ¿Cuán importante es recibir amor, confianza, aprecio y apoyo del cónyuge? ¿En qué forma comparten estas cosas el uno con el otro?

2. El artículo dice que "para tener éxito en nuestro trabajo primero debemos tener éxito en nuestro hogar". ¿Por qué es tan importante establecer este orden de prioridad?

3. "Si tomamos al Señor como socio", dice el artículo, "tendremos más paz, felicidad, unidad y gozo". ¿En qué forma pueden los cónyuges incluir al Señor como socio dentro de su matrimonio?

4. Hacer cada uno, separadamente, una lista de las cualidades que aprecian el uno del otro. Analizar lo que hayan escrito.

Los hermanos Gómez son buenos padres, aman a sus hijos y pasan bastante tiempo con ellos. Les ayudan en las tareas de la escuela y siempre los están animando para que desarrollen sus talentos y habilidades. Cada semana tienen la noche de hogar y disfrutan de actividades familiares; sin embargo, los senti-

Padres felices, hijos felices

por Ed y Ann Lauritsen

mientos de felicidad y de unidad que deben caracterizar a una familia, con mucha frecuencia faltan en su matrimonio. Al igual que muchos esposos, tanto él como ella piensan que si los hijos son felices, los padres automáticamente también lo serán, de manera que dedican todo su tiempo y energías a la familia. Pero la experiencia nos dice que también puede pasar lo contrario: que los padres que son felices, por lo general son la causa de la felicidad de los hijos.

Los hijos aprenden a sentirse seguros en un hogar donde los padres día a día tratan de fortalecer mutuamente los lazos de amor. Es por medio del ejemplo de sus padres, y no por haber aprendido ciertas lecciones, que ellos aprenden a tener paciencia, a ser más tolerantes, bondadosos, a poner en práctica el amor y el perdón.

Una de las mejores formas de conseguir que los hijos se sientan felices y seguros de sí mismos es lograr que en el matrimonio existan esos sentimientos de felicidad y de seguridad.

Hace pocos años en una lección de la Sociedad de Socorro, se hizo mucho hincapié en la influencia que la relación de los padres entre sí tiene sobre los hijos:

"El matrimonio es la base y los cimientos sobre los que se edifican otras relaciones familiares. La relación entre los esposos es la piedra angular que sostiene a la familia. . . .

Desde los primeros años de la infancia hasta la madurez, el ambiente familiar, y aún más específicamente, la relación entre el padre y la madre, es un ejemplo viviente de la forma en que los hijos actuarán en su relación con los demás. La forma en que a un niño se le incluya en la relación de los padres o la manera en que él sienta que está influenciando en esa relación pueden ser el factor más importante en el desarrollo de la personalidad de ese niño. De manera que cuando los cónyuges tienen entre sí expresiones de cariño y ternura, el niño puede interpretarlo como que él también forma parte de ese círculo.

Si en la relación conyugal se actuara con un espíritu de cooperación y no de competencia, también el niño podrá desarrollar ese mismo espíritu de cooperación y será justo en sus tratos con los demás, en lugar de ser una persona calculadora y rencorosa. . . .

Al demostrar una actitud agradable hacia el matrimonio y hacia la vida en general, el niño tendrá el modelo esencial que lo ayudará a desarrollar las actitudes correctas en su vida futura."

Esto lo hemos podido comprobar en nuestra propia familia. Si en algunas ocasiones uno de nosotros está de mal humor, el otro cree que es por su culpa, tal vez por algo que no haya hecho bien, y que eso ha ocasionado el repentino cambio en el estado de ánimo del cónyuge. Entonces, el que ha estado malhumorado tiene que asegurar que todo está bien y que no está enojado en forma personal. De la misma forma, cuando los dos tenemos algún desacuerdo, notamos que esto afecta a nuestros hijos; es como si pudieran captar o sentir que son responsables por nuestros problemas. Pero cuando los dos estamos felices y en el hogar reina una atmósfera de paz y amor, ellos experimentan esa paz y seguridad que proviene de nosotros, de manera que cooperan más y son más considerados los unos hacia los

otros.

¿Cómo pueden los cónyuges mejorar mutuamente su matrimonio? Es muy fácil caer en la trampa de pensar que el solo hecho de guardar los mandamientos automáticamente asegurará la felicidad en el matrimonio. Es de suma importancia que también se empleen principios e instrucciones adicionales del Señor y que cada cónyuge ponga todo lo que esté de su parte, incluso tiempo y esfuerzo, para mejorar su relación.

Carlfred Broderick, presidente de estaca y consejero profesional, dijo:

"Las personas vienen a mí y me dicen: 'Presidente Broderick, pagamos nuestro diezmo fielmente, guardamos la Palabra de Sabiduría, asistimos a todas las reuniones dominicales y cumplimos con nuestros llamamientos, pero aún así no somos felices en nuestro matrimonio. ¿Cómo puede explicarse eso?'

Yo en seguida les recuerdo el pasaje de Escritura que dice que hay una ley irrevocablemente decretada en los cielos antes de la fundación de este mundo y sobre la cual se basan todas las bendiciones, y que cuando 'recibimos una bendición de Dios, es porque se obedece aquella ley sobre la cual se basa'. (Véase D. y C. 130:20-21.)

Las leyes para obtener éxito en el matrimonio se encuentran muy bien definidas en la sección 121 de Doctrina y Convenios y en el capítulo 12 de Romanos."

Los *principios que gobiernan una relación* son con frecuencia más difíciles de aprender y de obedecer que los mismos principios de justicia, ya que aquéllos no sólo juegan con los sentimientos y actitudes de uno, sino con los de los demás. Y aun así, para poder lograr la bendición de tener una unión en la que reine la felicidad y el amor, tenemos que obedecer los principios sobre los que se basa esa bendición.

Tal vez el más simple de todos los principios que tiene que ver con la relación matrimonial sea el que se cita en el quinto capítulo de Efesios:

"Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor . . .

Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella." (Efesios 5:22, 25.)

El estudio detenido de estos versículos nos ha ayudado a comprender tres formas muy importantes en que podemos fortalecer nuestro matrimonio. ¿Cómo puede una mujer aprender a apreciar a su marido y seguirle como seguiría al Señor? ¿Cómo puede un hombre amar a su esposa tanto como Cristo amó a la Iglesia? Las respuestas a estas preguntas las da

el Salvador mismo por medio del ejemplo: (1) Siempre nos trata con gran dulzura, (2) Él nos conoce y (3) ha pasado su vida a nuestro servicio.

Al seguir el modelo del Salvador, los cónyuges deben tratarse con dulzura y con cortesía, haciendo un esfuerzo por conocerse y por ayudarse el uno al otro. En un ambiente donde reinan la consideración, la comprensión y el servicio, ellos permiten que el Señor magnifique el amor conyugal y aumente la felicidad que les corresponde como individuos y como familia.

En nuestra vida familiar hemos llegado a comprender que existen momentos en que es de primordial importancia tratarse con dulzura, demostrando comprensión y estando dispuestos a ayudar y a servir. Por ejemplo: cuando alguno de la familia muere; cuando alguien está enfermo; durante una mudanza; cuando uno de los cónyuges ha hecho algo malo; cuando uno de los dos está cansado, deprimido o preocupado, o tiene que prepararse para una asignación de la Iglesia; cuando se tienen visitas; los domingos; durante época de vacaciones, etc.

Es muy esencial orar pidiendo al Señor que nos ayude a comprendernos mejor y a ayudarnos los unos a los otros. También nos hemos dado cuenta de que es de gran beneficio compartir de vez en cuando momentos especiales leyendo las bendiciones patriarcales, historias familiares, etc. El tratar sinceramente de estrechar los lazos de unión con la familia del cónyuge para entenderlos mejor también puede aumentar la comprensión y comunicación entre los esposos. Además, hemos comprendido que las responsabilidades aumentan continuamente, como por ejemplo: las de tener hijos, trabajar y cumplir con nuestras asignaciones en la Iglesia pueden robarnos todo nuestro tiempo. Es así que se puede fácilmente aplastar y rechazar los sentimientos más tiernos y los modales más dulces, a menos que deliberadamente hagamos un esfuerzo mutuo por tener cierto tiempo sólo para *nosotros*.

Hace pocos años, sentimos la necesidad de salir los dos solos y decidimos hacerlo cada semana; salimos a dar caminatas, escalamos montañas, ayudamos a algún amigo enfermo, hacemos planes sobre lo que podemos gastar y lo que podemos hacer, vamos a sitios interesantes o planeamos paseos y otras sorpresas para los niños. En otras ocasiones, cuando económicamente podemos permitírnoslo, vamos al teatro o a ver alguna película; algunas veces salimos con buenos amigos. Estas actividades nos ayudan a regresar al hogar sintiéndonos renovados, y nos

damos cuenta de que para nuestros hijos es también una buena experiencia porque su interés en nosotros parece aumentar.

Otra ocasión que para nosotros es importante es el tiempo que dedicamos a hacer planes juntos cada semana. Aunque nos llevó más de un año formar ese hábito, ahora nos preguntamos qué sería de nosotros si no tuviéramos esos momentos tan especiales juntos, ya que nos ayudan a tener más interés el uno en el otro y a comprender lo importantes que somos el uno para el otro y también para nuestros hijos. Nos da además la oportunidad de dar una mirada introspectiva a nuestra vida, pensar en el futuro de nuestros hijos y decidir qué camino tomar cuando encontramos dificultades o problemas. Por ejemplo, cada vez que vemos que uno de nuestros hijos no se está comportando como debería, analizamos el problema y decidimos qué debemos hacer para ayudarle. También en otras ocasiones, cuando vemos que estamos descuidando asuntos familiares importantes, tales como poner al día nuestras historias familiares y escribir cartas a nuestros seres queridos, escogemos un día determinado para llevarlos a cabo. Planeamos también los días en que vamos a salir juntos los dos y los que vamos a pasar con los niños haciendo alguna actividad especial; preparamos nuestras noches de hogar, actividades dominicales y hacemos planes para efectuar nuestras visitas de orientación familiar o de la Sociedad de Socorro, respectivamente. Al principio, con frecuencia nos sentíamos cansados o teníamos pereza para llevar a cabo nuestros planes; sin embargo, finalmente decidimos de que a menos que alguien estuviera enfermo, haríamos lo que habíamos planeado. Ahora nos damos cuenta de que somos más felices cuando obedecemos esa regla.

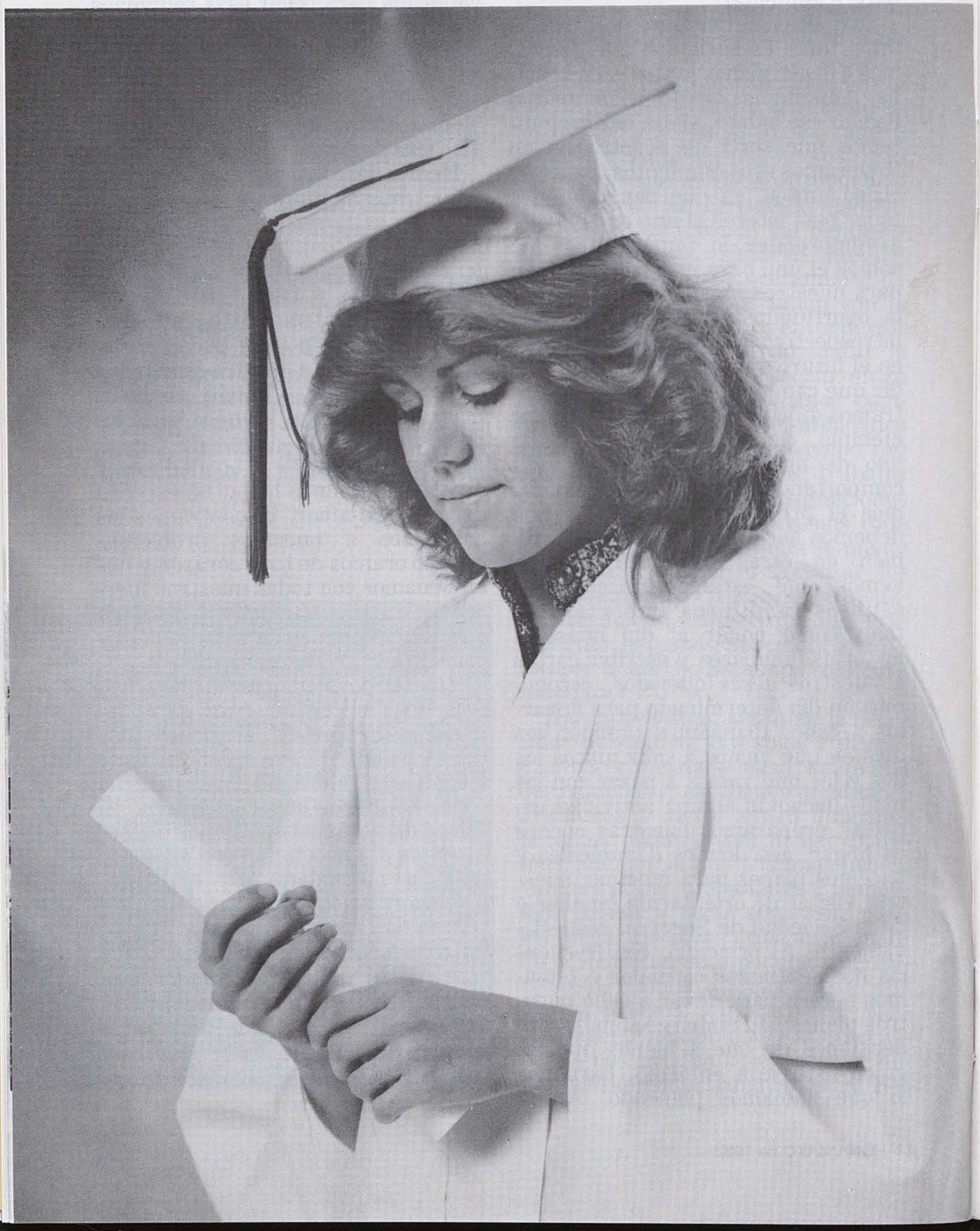
Para nosotros, el domingo es el mejor día para tener esas reuniones semanales de planeamiento. Usualmente nos lleva más o menos media hora, aunque hay otras ocasiones en que debido a acontecimientos o problemas inesperados necesitamos tomar más tiempo.

Hemos descubierto cuán importante es trabajar juntos en el matrimonio, que es la relación humana más importante. Cuando dedicamos tiempo y energía para tratarnos con bondad y cariño y para conocernos y servirnos mutuamente, nuestro amor crece y sentimos mayor satisfacción al tratar a nuestra familia y a otras personas. Cuando tenemos malos sentimientos los unos hacia los otros, nos damos cuenta de que es difícil ser cordiales y bondadosos y de que exista en el hogar un espíritu de paz y de amor. Encontramos las soluciones a nuestros problemas cuando oramos de todo corazón y nos empeñamos con todas nuestras fuerzas en tratarnos los unos a los otros como trataríamos a Jesucristo y como El nos trataría a nosotros.

A pesar de que ahora mismo nuestros hijos necesitan gran parte de nuestro tiempo y atención, nos damos cuenta de que algún día cada uno de ellos saldrá del hogar paterno para sellarse a una compañera. Si somos dignos, continuaremos disfrutando de esa asociación con ellos por toda la eternidad. Sin embargo, nuestra relación más íntima siempre será la de esposos, y todo éxito que tengamos para fortalecer más y más esos lazos que nos unen durará para siempre; y tendremos una felicidad aún mayor en nuestro corazón si damos a nuestros hijos un don precioso: el ejemplo de un matrimonio feliz.

por Paul W. Robinson

El triunfo de nuestra hija



Hoy tengo que pedir la toga y el birrete* —nos dijo Marta al entrar.

Nuestra hija adoptiva tenía dieciocho años y estaba terminando su último año de secundaria.

¿Quién hubiera imaginado que algún día pudiera graduarse aquella niña de diez años, mentalmente retardada, que había llegado a nuestro hogar ocho años atrás? ¿Y quién hubiera podido creer que se convertiría a la Iglesia y predicaría el evangelio en otro país, aun antes de terminar el liceo?

Durante esos ocho años habíamos visto de cerca sus tremendos esfuerzos por superarse rompiendo las cadenas emocionales y físicas que la tenían aprisionada. Diez días antes de que la asistente social nos la entregara, su padre la había llevado a la sala de emergencia de un hospital. La enfermera, al notar unas marcas de golpes en la espalda de la pequeña, llamó a la División de Servicios Familiares. Al darse cuenta el padre de que no le darían de alta inmediatamente, se puso nervioso y se fue, abandonando a la niña. El Departamento de Servicios Sociales se puso en comunicación con nosotros entonces, para preguntarnos si podríamos cuidarla hasta que decidieran qué hacer con ella.

Sus primeros días en nuestra casa fueron muy difíciles. Marta hablaba español y casi nada de inglés; al caminar arrastraba los pies y se pasaba la mayor parte del tiempo con los ojos bajos, clavados en el suelo, y cuando hablaba lo hacía en un tono casi inaudible. Los psicólogos la habían clasificado como retardada. Yo también soy psicólogo, pero no se necesitaba serlo para comprender que tenían razón.

Nuestros hijos, de dos, tres y cuatro años, se dedicaron inmediatamente a dar la bienvenida a su nueva hermana tironeándola y empujándola para mostrarle el dormitorio que le habíamos preparado y que era sólo para ella. Marta se quedó parada, en silencio, mientras ellos le demostraban cómo saltar en la cama a suficiente altura como para poder tocar el cuadro que estaba en la pared. A la mañana siguiente, después del desayuno, estaba en el patio posterior contemplándolos silenciosa mientras andaban a su alrededor a toda velocidad en los triciclos tratando de exhibir sus habilidades de "conductores". Con el correr de los días, casi todos los intentos de los niños por incluir a Marta en sus diversiones terminaban en lo mismo: buscando ella la compañía de mi esposa, Carol, hasta convertirse en su sombra constante.

Poco tiempo después, la inscribimos en un curso especial de una escuela cercana. Una tarde, al regresar a casa, encontré a Carol esperándome en la puerta.

—Le pegaron —me dijo, mientras le corrían lágrimas por las mejillas.

—¿Quién le pegó?

—Dos niños de la escuela. Primero, trataron de hacerla llorar fastidiándola. Ella les gritó "¡Malos! ¡Malos!" y entonces la tiraron al suelo y le rompieron el vestido. Al ver que ni aún así la hacían llorar, le pegaron.

"¡Malos! ¡Malos!" eran las únicas palabras en inglés que Marta sabía

*Birrete. *Gorro que usan los magistrados, y, por extensión, el que usan los graduados en los Estados Unidos y otros países como parte de la vestimenta de graduación, que también incluye una toga.*

decir cuando llegó y evidentemente las había convertido en una especie de protección al verse molestada por otros niños. Era la única manera que conocía de enfrentar aquel problema.

Comprendimos que el hacer que en la escuela castigaran a los niños no resolvería la situación de Marta, pues podría verse en circunstancias semejantes cuando nosotros no estuviéramos cerca para ayudarla. Por lo tanto, decidimos enseñarle a reaccionar sonriendo a quien la molestara.

Empezamos por organizar un jueguito a la hora de la cena en el que cada uno se burlaba cariñosamente de los demás integrantes de la familia. Comenzábamos diciendo ridiculeces como "Tienes las orejas grandes como las de un elefante", o, "Tus brazos son tan largos que vas barriendo el piso con las manos". Cuando la niña respondía a esto con una sonrisa, todos la elogiábamos. Nos llevó algunas semanas, pero al fin logramos nuestro propósito y ya no tuvimos que ocuparnos más de aquel problema.

Esa dificultad fue sólo una de las muchas que tuvimos que vencer. Marta no tenía hábitos de limpieza ni mostraba ningún deseo de aprenderlos; y aunque nunca lloraba en presencia de nadie, de noche frecuentemente la oíamos sollozar en su dormitorio.

En el transcurso de los primeros meses que pasó con nosotros, la División de Servicios Familiares pudo averiguar poco a poco el pasado de la niña. Había nacido en Puerto

Los ojos se me llenaron de lágrimas al leer la versión más hermosa que hasta ese momento había visto de la historia del Profeta.

**Puerto Rico es un Estado Libre Asociado a los Estados Unidos de Norteamérica, y sus habitantes gozan de libre entrada a este país.*

Rico,* y sus padres se separaron cuando ella era todavía muy pequeña; a partir de ese momento, fue pasando de pariente en pariente durante los primeros años de su infancia. Entre éstos había una tía que parecía ser la única que realmente la había cuidado y querido. Cuando Marta tenía diez años, su padre había partido para el estado de California, en los Estados Unidos, llevándola consigo con la esperanza de que, por tener una hija a su cargo, la ayuda del gobierno fuera más substanciosa. En su ignorancia creía que su hija estaba poseída por un espíritu maligno y en varias oportunidades trató de "echar fuera el demonio" pegándole a la niña. En su viaje a California ésta enfermó y él tuvo que detenerse en nuestra ciudad para llevarla al hospital.

Al tener a Marta con nosotros, Carol y yo caímos en un error muy frecuente en situaciones como la nuestra: Le teníamos lástima y dejamos que nuestros sentimientos de compasión predominaran en nuestra relación con ella. Por ejemplo, en una ocasión en que, junto con nuestros dos hijos mayores, hizo una travesura, siguiendo el consejo que se da en Proverbios 22:15 y 29:17, yo castigué a los dos varones dándoles unas palmadas y mandándolos a la cama; pero a la niña sólo la mandé a la cama, porque me dio pena castigarla recordando los golpes que había recibido de su padre. Ese mismo día, más tarde, fue hasta donde yo estaba y me preguntó:

—¿Por qué no me pegaste a mí también?

Su pregunta me sacudió con fuerza. Había cometido el error más imperdonable que un padre tutelar puede cometer: No la había tratado igual que a mis otros hijos. Al hablar los dos del asunto, comprendí que, aunque yo pensé que al no pegarle le estaba demostrando amor, ella lo interpretó como una indicación de que no la quería en la misma forma que a los otros niños. *Esto jamás volverá a repetirse*, me prometí en silencio.

La experiencia también nos llevó a comprender que nuestra actitud tolerante la atrasaba en lugar de ayudarla. Al igual que los padres demasiado protectores, que retrasan la rehabilitación de un hijo físicamente impedido por temor a que se esfuerce demasiado, nosotros estábamos protegiendo a Marta de sus impedimentos, en lugar de ayudarla a sobreponerse a ellos. Al comprenderlo, Carol y yo empezamos a esforzarnos por descubrir sus habilidades. Pasábamos horas tratando de despertar en ella el deseo de aprender y valerse por sí misma, aunque parecía totalmente apática e indiferente hacia todo lo que tuviera lugar a su alrededor. Como el fisioterapeuta, que constantemente alienta a un niño cuyas piernas están paralizadas para que camine, nosotros tratábamos de poner a prueba su capacidad una y otra vez.

Empezamos con aquellas cosas que sabíamos que podría hacer, como peinarse, vestirse, mirar libros de láminas por cortos períodos de tiempo; después, fuimos agregando otras tareas. Muchas veces nos dábamos cuenta de que le exigíamos demasiado, entonces nos moderábamos y empezábamos de nuevo. Gradualmente, pero con mucho más esfuerzo, Marta comenzó a luchar por lograr el éxito. Así aprendió a lavarse el pelo, hacer las camas, planchar su propia ropa y leer.

Al cumplir los catorce años, finalmente emergió de su capullo psicológico, y desde aquel momento ya no tuvimos que ocuparnos más de ins-

tarla a hacer las cosas, sino que algo dentro de sí misma la empujaba en procura del conocimiento y el desarrollo. Y, aunque comprendía que todavía le quedaban serias dificultades por vencer, ponía en ello tanto esfuerzo como el que hubiera dedicado si hubiera sido una deportista entrenándose para los Juegos Olímpicos. Tuvo que hacer un empeño cinco veces mayor que cualquiera de sus compañeros para aprender la anatomía humana, pero lo logró.

Ella misma insistió en tomar clases de seminario durante todo el año escolar, y no dejaba que nada le impidiera asistir a las reuniones de la Iglesia. Constantemente nos pedía que le permitiéramos recibir el bautismo y, como padres tutelares, se nos hacía muy difícil tomar una decisión. Sabíamos que posiblemente volviera a Puerto Rico una vez que caducaran los derechos que el estado tenía sobre ella como menor. Si se lo permitíamos, ¿no protestarían sus familiares afirmando que la habíamos obligado a unirse a la Iglesia? Y su insistencia en hacerlo, ¿no se debería simplemente al hecho de que todas sus amistades eran miembros de la Iglesia? ¿Tenía ella la capacidad para entender realmente lo que quería hacer? Ante todas estas interrogantes, Carol y yo decidimos esperar hasta que Marta cumpliera los dieciocho años. Pero una noche, después que los chicos se habían acostado, mi esposa me dio a leer una carta que la niña le había escrito a su tía y le había dado a Carol pidiéndole que le corrigiera las faltas que pudiera tener. El segundo párrafo decía:

"Tía, tú no estás en la iglesia verdadera; debes conocer la Iglesia Mormona. Te voy a contar algo: Había un muchacho que se llamaba José Smith . . ."

Veremos a una persona que se ha sobrepuesto a algunos de los mayores obstáculos que puedan presentársele a un ser humano.

Los ojos se me llenaron de lágrimas al leer la versión más hermosa que hasta ese momento había visto de la historia del Profeta. Volviéndome a mi esposa, le dije:

—Marta está lista para el bautismo.

Ya no nos quedaban dudas de que la chica tenía un testimonio del evangelio. El único problema era averiguar con la tía si sus familiares se molestarían por su bautismo en otra iglesia. (La tía había solicitado repetidamente que Marta volviera a Puerto Rico.) Para nuestra sorpresa, como representante de la familia, ésta dio el ansiado permiso y la niña entró en las aguas bautismales en marzo de 1978.

En el mes de mayo de ese año recibió su bendición patriarcal en la cual se le decía que sería un instrumento para predicar el evangelio a su familia. Nuevamente Carol y yo tuvimos dudas; y nuevamente ella nos abrió los ojos.

La tía nos escribió preguntando si podría viajar a los Estados Unidos para visitar a su sobrina. Ante nuestra respuesta afirmativa, llegó en el mes de junio. Nosotros no sabíamos hablar en español y ella no conocía el inglés; además, Marta había olvidado todo lo que sabía de su idioma natal; por lo tanto, tuvimos que valernos de los misioneros que hablaban español. Durante su visita, la llevamos a conocer la Universidad Brigham Young, en Provo, Utah, y el Centro de Visitantes de la Manzana del Templo en Salt Lake City; también fuimos todos a acampar en las montañas por una semana. Se quedó con nosotros más de dos meses, y durante ese tiempo llegamos a compenetrarnos mucho con ella; Marta, por su parte, le hablaba continuamente del Libro de Mormón. Antes de irse, nos dijo:

—Ya no pienso que Marta deba volver a Puerto Rico. Es evidente que ustedes son su familia. Pero me gustaría que nos visitara y conociera su país.

En los meses siguientes hubo mucho intercambio de correspondencia entre ella y nosotros, aunque no se mencionó más la Iglesia. La tía era soltera y vivía con su madre y una hermana. Un día mi esposa, sumamente conmovida, me mostró una carta que habíamos recibido de ella en la que decía:

"Queridos Paul y Carol:

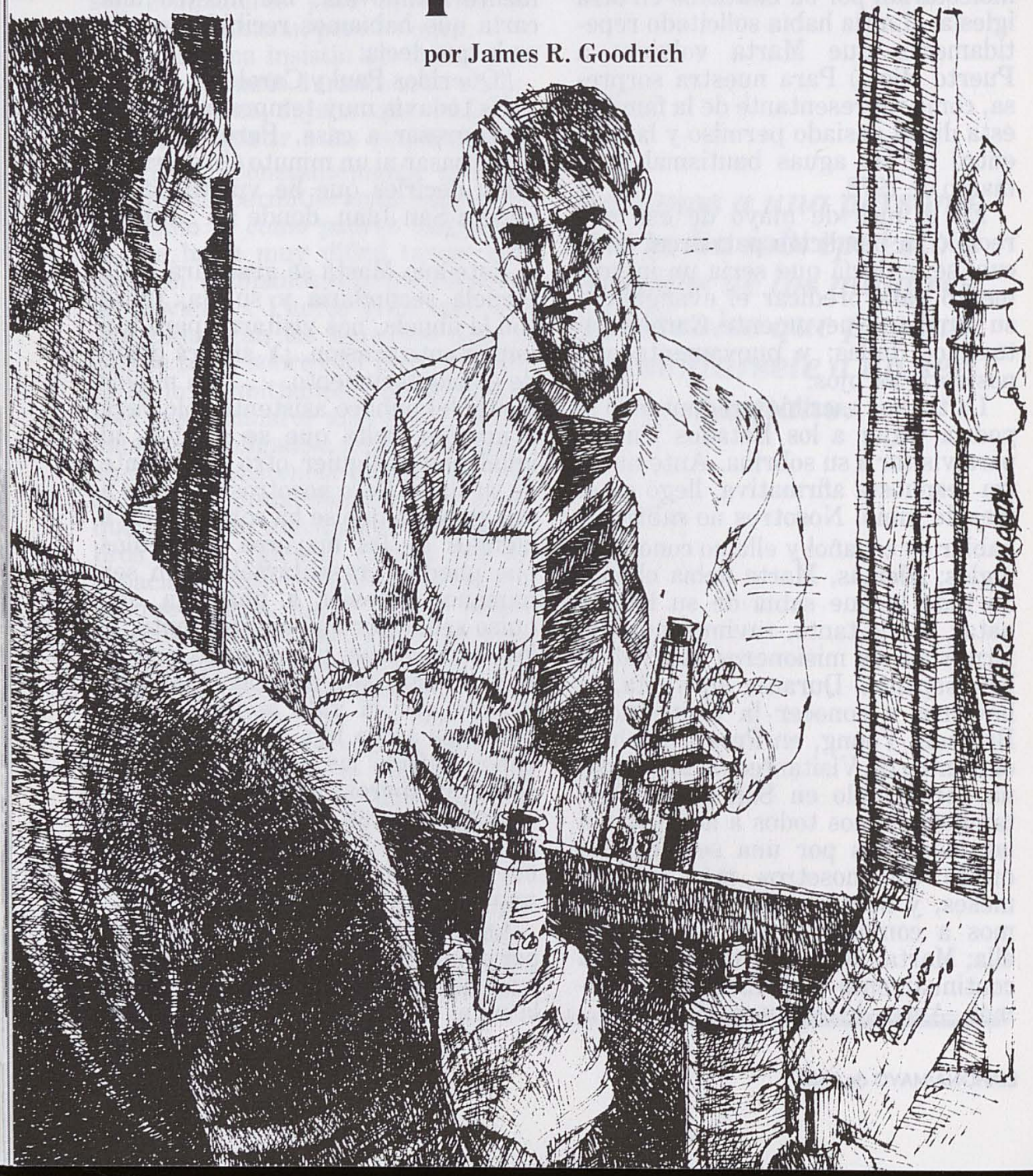
Es todavía muy temprano y acabo de regresar a casa. Pero no podía dejar pasar ni un minuto sin escribirles y decirles que he vuelto de un viaje a San Juan, donde fui bautizada . . ."

Este año Marta se graduará en la escuela secundaria y su tía, junto con la abuela, nos visitarán para tan importante ocasión. ¡Y si será grande el acontecimiento. . . ! La mayor parte del público asistente sólo verá a una jovencita que se gradúa, al igual que cualquier otro estudiante de su clase. Pero nosotros veremos a una persona que se ha sobrepuesto a algunos de los mayores obstáculos que puedan presentársele a un ser humano; veremos a una hija que quiso saber por qué era diferente de las demás niñas, y que luego tuvo la fe y el valor para aceptar el enorme desafío que la vida le presentaba. Veremos a una hija que, a pesar de haber sufrido las crueles burlas de sus compañeros, sólo guarda en su corazón un gran amor por todos sus semejantes. Veremos a una hija cuyo espíritu enriqueció el de cada uno de los integrantes de su familia.

La abuela de Marta verá a su nieta por primera vez. También verá a los misioneros si nuestra hija se sale con la suya.

El alcoholismo: ¿Hay esperanza?

por James R. Goodrich



¿Pueden los amigos, los familiares, o cualquier otra persona hacer algo que sea beneficioso cuando un miembro alcohólico de la familia comienza a destrozar con su comportamiento importantes y significativas relaciones?

No hace mucho, nuestra familia asistió a los servicios religiosos de la Iglesia en una comunidad cercana y aún cuando gozamos de las reuniones, durante las actividades de los niños en la Primaria, sucedió algo que, aunque interesante, me dejó muy preocupado.

Cuando llegó el momento de cantar, la directora de música repartió dulces (caramelos) a los niños diciéndoles: "Esto es una píldora; al comerla, podrán cantar excepcionalmente fuerte y bien".

Es cierto que el canto resultó un gran éxito; pero me preocupa la sutil lección que se enseñó sin querer.

Vivimos en una civilización cuya orientación gira en torno a las drogas; una civilización que ha producido una multitud de drogas tanto mal como bien empleadas: aspirina, remedios para resfríos o indigestión; nicotina, mariguana, alcohol, heroína; estimulantes, calmantes; y medicamentos para resolver todos nuestros problemas. La mayoría de la gente ha llegado a creer que nadie tiene porqué sufrir dolor o malestar y que cualquier problema —hasta el de aprender a cantar— puede solucionarse con un poco de polvo, una bebida, o una píldora.

Muchas de las malas consecuencias de este vicio no aparecen en seguida: En este hecho se encuentra el cruel engaño del alcohol.

No sólo las drogas ilegales son una grave amenaza para la salud, sino también las recetadas por el médico y las que se pueden comprar sin prescripción médica. Pero el problema más grave de todos se encuentra en el consumo del alcohol.

El élder Milton R. Hunter* lo resumió muy bien cuando dijo:

"El diablo nunca ha encontrado, en la historia del mundo, una herramienta más eficaz para destruir la felicidad de los seres humanos que las bebidas alcohólicas." (*Vital Quotations*, comp. de Emerson Roy West, Salt Lake City: Bookcraft, 1968, pág. 10.)

¿Qué tiene que ver todo esto con los miembros de la Iglesia, cuya Palabra de Sabiduría les insta a abstenerse del alcohol?

Aunque el porcentaje de miembros de la Iglesia que toman es menor que el de la población total, hay hermanos de ambos sexos que violan la Palabra de Sabiduría y optan por beber, a menudo con graves perjuicios para sí mismos y sus familias.

En mi trabajo he encontrado a muchos miembros de la Iglesia en las más tristes circunstancias. Un hombre, que tenía un serio problema con el alcohol, me dijo:

"He perdido a mi esposa; después de rogarme sin éxito que me abstuviera de beber, se divorció de mí y ahora estoy solo. Ya nadie puede depender de mí, ni mis compañeros de trabajo, ni mi familia; lo he perdido todo."

Otro dijo:

"Aun después de dejar inservibles dos automóviles a causa de los choques y someter a mi familia a pesadas cargas financieras por mis borracheras, no quise admitir que tomaba demasiado y me negué a buscar ayuda."

Una hermana dijo llorando:

"Me da miedo volver a casa. Frecuentemente, mi marido ha llegado borracho y nos ha golpeado severamente, a mí o a uno de los niños. ¿Por cuánto tiempo podemos seguir viviendo así? Lo quiero y deseo que cambie. Por favor, ayúdeme."

¿En dónde está la solución? ¿Pueden los amigos, los familiares, o cualquier otra persona, hacer algo que sea beneficioso cuando un miembro alcohólico de la familia comienza a destrozar con su comportamiento importantes y significativas relaciones?

Aun cuando no haya una solución específica para cada situación, la comprensión de los siguientes principios y pautas puede ser beneficiosa.

Son muchas las razones que pue-

**Milton R. Hunter (1902-1975), miembro del Primer Consejo de los Setenta (1945-1975).*

den influir en una persona para que pruebe el alcohol por primera vez: curiosidad, rebeldía, influencia de compañeros, incitación de medios publicitarios, etc. Sin embargo, algunos de los pasos que llevan a una persona a habituarse a la bebida y sus futuras consecuencias son:

1. *Se descubre el placer pasajero del alcohol.* El efecto inicial del alcohol es una sensación de bienestar o euforia que ayuda a calmarse y alivia la ansiedad; ayuda a ser más espontáneo, amigable y libre de inhibiciones (desde el punto de vista del que está tomando). Es un cambio en la rutina.

Desgraciadamente, muchas de las malas consecuencias de este vicio no aparecen en seguida: En este hecho se encuentra el cruel engaño del alcohol.

2. *Se busca el prolongamiento del placer transitorio del alcohol.* El alcohol es eficaz en crear una y otra vez agradables reacciones temporarias; por lo tanto, el alcohólico busca oportunidades para tomar. A medida que continúa tomando, posiblemente descubra que los sufrimientos emocionales como la soledad, el rechazo, el temor, la insuficiencia o el fracaso se mitigan gracias a la calma que el alcohol le produce. Como estos sentimientos dolorosos regresan con la sobriedad, se intensifica la necesidad de tomar.

3. *El cuerpo desarrolla tolerancia al alcohol.* Con el tiempo, la persona encuentra que es necesario tomar cada vez más para poder crear el mismo efecto deseado. En esta etapa, el alcohólico puede jactarse abiertamente de ser muy "firme para el trago".

4. *Se desarrolla una dependencia total de la bebida.* La persona que toma llega al punto donde no hace nada sin la influencia del alcohol; por lo tanto, debe tomar para poder llevar a cabo sus actividades.

5. *Se comienzan a sufrir los efectos dañinos.* La frecuencia y cantidad de alcohol que ingiere hacen que se destaquen aún más las inevitables consecuencias negativas. Así puede sufrir una disminución en la productividad y hacer que se deterioren las relaciones familiares. Quizás durante sus estados de embriaguez se involucre en un choque automovilístico o una pelea, diga o haga tonterías, cometa infracciones que lleven como consecuencia una multa o una sentencia de encarcelamiento, o maltrate a su esposa o a uno de sus hijos.

6. *Se sufre emocional o psicológicamente.* A causa de los efectos descritos anteriormente, se pierde la autoestima, menudean los sentimientos de remordimiento y culpabilidad, y el tomador comienza a experimentar un intenso sufrimiento emocional.

7. *El alcohólico continúa tomando para escapar de las consecuencias de la bebida.* Tristemente, las experiencias anteriores le han enseñado equivocadamente que la manera de aliviar los sufrimientos es seguir tomando; y así continúa el ciclo. La víctima se encuentra en un círculo vicioso, hundiéndose cada vez más. Lo que comenzó como una sensación de euforia se convierte en una pesadilla de sufrimientos psicológicos junto con agudos malestares físicos cuando no se ingiere alcohol. Frecuentemente se deprime, y puede pensar en suicidarse; experimenta una desesperación total y, sin embargo, irónicamente, sigue pensando en el alcohol, la misma causa del problema, como la única salida.

Aunque el tomador no acepte de buena gana ayuda de nadie, es casi imposible que él, de por sí, escape de ese círculo vicioso sin recibir la ayuda de los amigos, los familiares y el

Señor.

Desgraciadamente, las acciones bien intencionadas de ansiosos familiares y amigos a menudo agravan el problema.

Consideremos, por ejemplo, el caso de un matrimonio de Santos de los Ultimos Días, Juan y Susana, a los que asistí profesionalmente. Pocos años después de casarse, Juan comenzó a tomar. A causa del amor que sentía hacia él, Susana hizo todo lo que pudo para persuadirlo a que dejara de hacerlo. Le escondía la bebida o la billetera y se esforzaba por desviarlo de la influencia de aquellos amigos que tomaban. En muchas oportunidades, al llegar él borracho a la casa, lo disculpaba delante de las demás personas por su extraño comportamiento. Llamaba a su patrón dándole excusas:

"Juan tiene gripe; temo que no podrá ir a trabajar hoy."

También comenzó a mentir a los niños diciéndoles:

"Papá tiene problemas en su trabajo y está bajo mucha presión."

Muy pronto, los hijos se dieron cuenta de lo que estaba sucediendo; y a causa del malestar que reinaba en el hogar, dejaron de invitar a sus amigos, y protegían a su padre ocultando o justificando su conducta.

Susana también tenía vergüenza de hablar con el obispo. ¿Cómo sería posible admitir que su marido tomaba?

Esta historia, o una parecida, se presenta repetidamente, y puede influir en la vida de una enorme cantidad de personas. Es posible que el obispo entre en escena para suministrar comida y ropa cuando se acaben los recursos económicos de la familia. Los compañeros de trabajo pueden encubrir su comportamiento para ocultar que no está cumpliendo con sus obligaciones, o llevar sobre sí responsabilidades extras para que hombres como Juan no pierdan su puesto. Los empleadores pueden pasar por alto un cumplimiento deficiente, o darle repetidas oportunidades para ver si cambia, porque sienten que sería malvado despedirlo: "¿Qué sucedería con la familia si así lo hiciera?"

Por lo general, estas reacciones resultan destructivas. Protegen al alcohólico de las consecuencias de su comportamiento y le facilitan el seguir tomando.

Uno de los primeros pasos que se deben dar para ayudar a familias como la de Juan y Susana es comunicarse con el cónyuge y las otras personas afectadas por la situación y ayudarles a eliminar de su comportamiento aquellos sentimientos protectores que empeoran el problema. Deben aprender cómo manifestar "amor estricto", lo que yo defino como "el hacer lo que se tiene que hacer aunque cause dolor", o "no hacer por otras personas lo que ellas podrían hacer por sí mismas".

El "amor estricto" no siempre es fácil de manifestar. No es fácil romper el silencio y enfrentarse con un familiar querido sintiendo al mismo tiempo un espíritu firme de amor y deseos de ayudarlo. Puede resultar extremadamente doloroso para una mujer dejar a su marido toda la noche en la silla donde perdió el conocimiento y exigirle, a la mañana siguiente, que él mismo limpie lo que ensució la noche anterior. Es difícil para los niños tener que decirles a sus amigos: "Mamá está borracha", en vez de inventar una excusa que la justifique.

Es muy difícil mantener la confianza en sí mismo cuando se tiene que tratar con alguien que ha adquirido la habilidad de echar sobre otros la responsabilidad de sus acciones.

De alguna manera, la persona que toma debe asumir las responsabilidades de su mal comportamiento.

Para poder seguir bebiendo, los tomadores llegan a ser expertos en influir y controlar astutamente a otras personas. Juan, por ejemplo, persuadió a Susana de que ella tenía la culpa de su vicio. Ella, a su vez, al sentir heridos sus sentimientos, se volvió cada vez más resentida hasta que se dio cuenta de lo que él realmente estaba haciendo. Cuando por fin comprendió que una persona no puede *obligar* a otra a tomar hasta el punto de convertirla en un alcohólico, comenzó a encauzar sus sentimientos y así pudo evitar el astuto control que Juan ejercía sobre ella y la amargura que dicha acción llevaba aparejada.

De alguna manera, la persona que toma debe asumir las responsabilidades de su mal comportamiento (en otras palabras, sufrir las consecuencias) antes de que puede aceptar una motivación para cambiar.

Desgraciadamente, las mismas enseñanzas que instan a los santos a que no tomen pueden hacer que desarrollemos actitudes negativas hacia aquellos que caen en la trampa del alcohol. Las opiniones ásperas, el calificar imprudentemente al tomador, y los malentendidos acerca del alcohol y sus efectos comúnmente limitan nuestra capacidad para ayudar.

Consideremos el rechazo que Juan sintió cuando asistió a una actividad en la Iglesia y una pareja se levantó para tomar otro asiento a causa del olor a bebida que emanaba de él. No siempre sucede esto, por supuesto, pero cuando ocurre, el sufrimiento experimentado por una persona como Juan puede ser intenso. Necesita ayuda, y no indiferencia.

He descubierto que podemos ayudar a un alcohólico siempre que lo consideremos como un hijo de Dios, con el mismo valor eterno que cualquier otra persona, pero con una enfermedad para la que necesita ayuda especial. Le hace falta sentir en esta situación —más que en cualquier otra— amor, interés y aceptación.

Comparemos las experiencias de Juan con las de un adolescente Santo de los Ultimos Días llamado David.

Con un espíritu de desafío y rebeldía contra su padre, David tomó el automóvil de la familia sin permiso y entusiasmado con el estímulo de la velocidad, no logró hacer una curva, hizo volcar el auto y quedó severamente herido. Felizmente, los que lo acompañaban recibieron sólo lesiones insignificantes.

La familia y los miembros del barrio ayunaron y oraron por la recuperación del joven, quien recibió una bendición especial de sus maestros orientadores y muchas visitas en el hospital. Incluso los otros jóvenes involucrados en el accidente lo visita-

He descubierto que podemos ayudar a un alcohólico siempre que lo consideremos como un hijo de Dios.

ron junto con sus padres y le expresaron sus deseos de que sanara pronto. Aun cuando quedó ligeramente lisiado y alterado, se recuperó, y todos agradecieron al Señor por haberle preservado la vida.

David había cometido un error muy grave, pero recibió el apoyo necesario durante un momento muy crítico de su vida.

La experiencia de Juan fue muy distinta, sin embargo. Cuando por fin él admitió que le hacía falta ayuda, entró en un centro de recuperación para drogadictos y alcohólicos, donde solamente le visitaba su esposa. Los miembros del barrio no ayunaron ni oraron para su recuperación. No recibió una bendición especial del sacerdocio; y cuando regresó a su casa, encontró que la gente lo trataba con aprensión, incertidumbre y dudas en cuanto a su capacidad para mantenerse sobrio.

He aprendido que el amor puro, la amistad, hermandad, y comprensión pueden ser una influencia benéfica en la vida de aquellos que sufren del terrible vicio del alcohol, de la misma manera que en la vida de los que padecen por otros problemas.

Quizás lo más difícil al ayudar a un alcohólico en su lucha por vencer el alcoholismo sea aprender a aceptar sus retrocesos sin desanimarse ni perturbarse demasiado. La recuperación lleva tiempo, y por lo general, hay retrocesos y desilusiones. Existen frecuentes tentaciones de darse por vencido, de sentir que toda esperanza es en vano y que todo progreso resulta frustrado.

Lo difícil es mantener el punto de vista apropiado —el poder dar, mentalmente, un paso hacia atrás y considerar el problema desde una posición de control— en vez de sentirse mentalmente atrapado dentro de límites muy estrechos sin salida. Los familiares deben saber cómo permanecer tranquilos y aceptar pequeñas mejoras, siempre conservando la esperanza de que este problema familiar pueda resolverse, y compartiendo esa esperanza entre sí. Por supuesto, tendrán que buscar continuamente ayuda divina. El Señor nos puede bendecir con una percepción mucho mayor que la que naturalmente poseemos, y un testimonio más fuerte del evangelio puede darnos la fortaleza para continuar sin rendirnos.

La paciencia y perseverancia ayudan a la familia a seguir con amor y ánimo después de un retroceso, en vez de encontrarse abatidos y degradados.

Esto no quiere decir que siempre tendremos éxito en persuadir a un familiar a que deje de tomar. Sin embargo, los principios siguen en vigor. Y si el alcohólico no puede resolver su problema, al menos nuestros propios problemas se verán aliviados.

Podría evitarse mucho pesar si los familiares que no toman buscaran ayuda oportunamente. Es importante que todos los que estén relacionados con el problema tomen la iniciativa para aprender todo lo que puedan acerca del alcoholismo, el desarrollo de la adicción y los medios por los cuales los familiares y otras personas contribuyen, sin darse cuenta, a una continuación del problema.

Para los miembros de la familia que no toman, hay fuentes de ayuda a las que pueden recurrir y que incluyen a los maestros orientadores, los líderes de quórum, el obispo, y otros líderes interesados del sacerdocio y la Sociedad de Socorro, además de los tomadores rehabilitados que son miembros de la Iglesia.

Además de las personas antes mencionadas, hay grupos y programas especiales para la rehabilitación de alcohólicos a los cuales las personas pueden acudir en busca de ayuda. Es importante saber que en muchos casos es casi imposible la recuperación sin la ayuda de programas profesionales para vencer este vicio. En la mayoría de las comunidades existen programas para ayudar a las familias que necesitan asistencia en problemas relacionados con el alcohol.*

Aunque difícil, el utilizar estas pautas ha proveído a muchas familias un curso a seguir que tiene sentido y ha dado como resultado algunas hermosas experiencias. Es maravilloso ver a una persona vencer este problema y unirse de nuevo a la familia.

La declaración del Señor de que "el valor de las almas es grande a la vista de Dios" y que "grande será [nuestro] gozo" si trajéramos una sola alma al reino (véase D. y C. 18:10, 15) ciertamente es verdadera en cuanto a nuestras labores con aquellos que son adictos al alcohol. Con la ayuda del Señor, podemos bendecir las vidas de los que se ven afectados por el alcoholismo, ofreciéndoles verdadera esperanza para la recuperación.

**En muchos países existe la institución de asistencia llamada Alcohólicos Anónimos, que fue creada con ese fin.*

Toda mujer en el mundo actual tiene responsabilidades similares a las de la reina Ester. Las circunstancias son diferentes para cada una, pero cada mujer se enfrenta al cometido de ser fiel a los principios del evangelio si desea mejorar su vida mortal y hacerse digna de la oportunidad de progreso eterno. Debe comenzar por comprender quién es y que tiene un magnífico potencial como hija de Dios. Sus metas deben ser elevadas.

Hermana Barbara B. Smith.

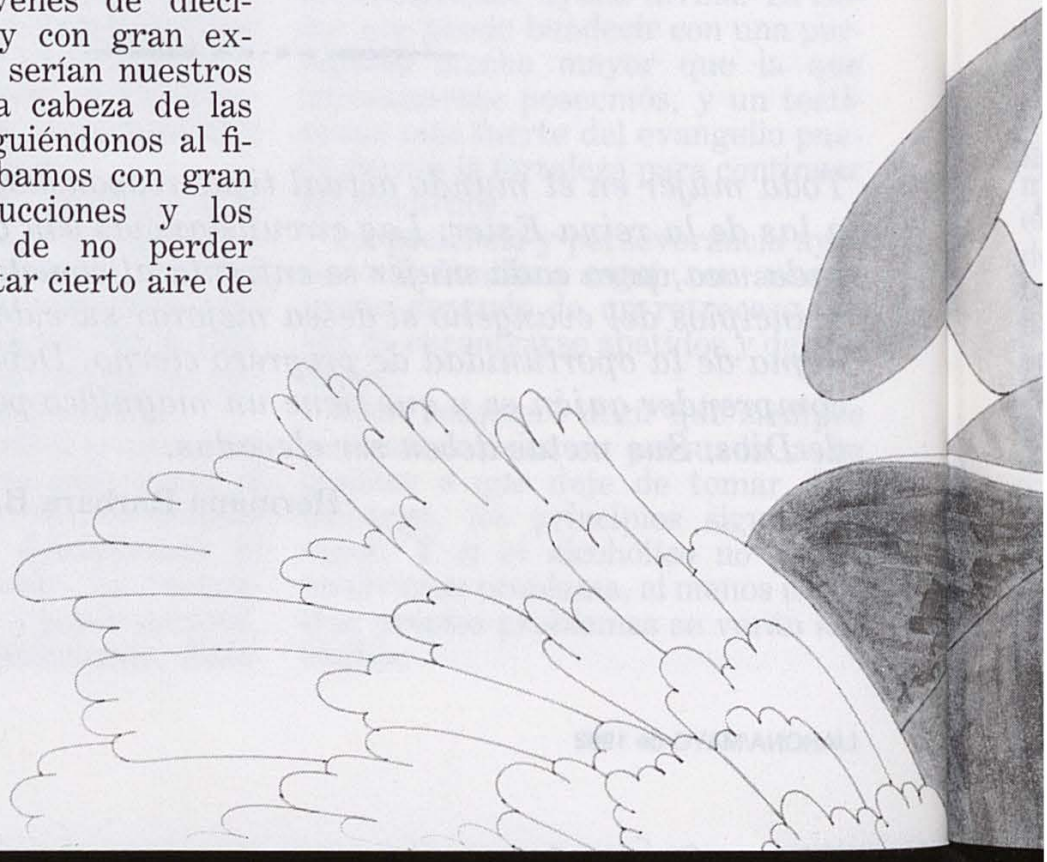
No basta con la

Era una mañana de otoño en el estado de Wyoming. Las majestuosas montañas Teton que se elevaban hacia el cielo azul se reflejaban delicadamente en las aguas del lago Jackson. Era por cierto una hermosa parada de descanso antes de empezar la gran aventura de recorrer en canoa 158 kilómetros del borrascoso río Snake (Serpiente), que para hacer honor a su nombre serpentea entre montañas cubiertas de espesos bosques y llenas de animales de todas clases; pocos caminos hay allí y uno que otro angosto sendero.

Reinaba la agitación y los corazones parecían palpitar más rápidamente que lo acostumbrado mientras los diecinueve líderes de los scouts con sus hijos de dieciséis años esperaban a la orilla del río, en la localidad de Moran, para comenzar la aventura del viaje en canoa por el río Snake.

Dos curtidos jóvenes de diecinueve años, altos y con gran experiencia en el río, serían nuestros guías; uno iría a la cabeza de las canoas y el otro siguiéndonos al final. Todos escuchábamos con gran atención las instrucciones y los consejos tratando de no perder detalle. Se podía notar cierto aire de temor al prevenirnos sobre los remolinos, advirtiéndonos que con sus corrientes en círculos podían hacer naufragar una canoa con sus ocupantes. También nos dieron instrucciones sobre la forma de navegar en los lugares de aguas muy turbulentas. La instrucción principal fue: "Pase lo que pase, no hagan nada que pueda desequilibrar la canoa y hacer que se vuelque". Nos decidimos —y ésa era nuestra verdadera intención— a hacer todo lo que los guías nos habían enseñado. Remaríamos uniformemente a cada lado e iríamos arrodillados en la canoa durante todo el viaje para así poder movernos libremente, manteniendo al mismo tiempo el equilibrio de la embarcación.

Como líder responsable del grupo, me sentía con algunas dudas al escuchar al guía darnos instrucciones sobre las precauciones que debíamos tomar. Recordé las noticias que



on la intención

por el élder Rex C. Reeve
del Primer Quórum de los Setenta

había escuchado hacía pocos días sobre un padre que se había caído de su canoa mientras pasaban por los rápidos, y, golpeándose la cabeza contra las rocas, había perecido ahogado antes de que pudieran rescatarlo, aun cuando llevaba colocado correctamente su chaleco salvavidas.

Con gracia y soltura el guía se deslizó en su canoa por el río sin hacer mucho esfuerzo. A su vez, una a una lo siguieron las demás, cada una ocupada por un padre con su hijo. Era un día hermoso, el aire fresco y puro parecía darnos vigor y el cielo azul, por el cual ocasionalmente cruzaba alguna nubecilla blanca, se agregaba a la belleza del lugar. El agua estaba clara y corría suavemente. Los majestuosos abetos y pinos, junto con el pasto y los arbustos, hacían que en cada recodo del río apareciera un nuevo paisaje de enorme belleza. Los primeros dieciséis kilómetros fueron tan agradables que la mayor parte del temor y la preocupación se alejó de nosotros.

Al mirar hacia adelante pudimos ver otro arroyo que desembocaba en el río. Empezamos a observar algunos remolinos, lo que nos hizo estar más alerta al aproximarnos al empalme de ambos ríos. De pronto se sintió un grito de júbilo adelante: "¡Miren el alce!" Yo quise verlo y me incliné hacia un lado, pero sólo pude dar un vistazo a sus grandes y aplanados cuernos en el momento de caer de cabeza dentro del agua.

El agua estaba fría y las rocas eran duras. Luché por llegar a la superficie mientras miles de pensamientos se agolpaban en mi mente: "¿Dónde está mi hijo David? ¿Cómo encontraré nuestra canoa? ¿Lograré encontrar mi remo?"

Mientras nadaba hacia la orilla, pude divisar a David aproximándose a un banco de arena. Perdí el sombrero, la loción para protejernos de las quemaduras de sol y los anteojos obscuros que llevaba en los bolsillos. Pero estaba feliz de haber salido de esas frías aguas y estar de regreso en la canoa para mantenernos juntos con el grupo.

Después de eso, podían haber gritado "¡Miren!" a mil alces, que nosotros no nos habríamos vuelto por nada; nuestra vista estaba fija hacia adelante. Viajamos kilómetros por rápidos y aguas turbulentas, pero los salvamos todos sin problemas. No mirábamos ni a izquierda ni a derecha. Uno de los rápidos era tan peligroso que dio vuelta una canoa cuando sus tripulantes trataron de esquivarlo. El padre era más pesado que su hijo de dieciséis años y estaba situado en la parte posterior; no tenían la intención de hacer perder el equilibrio de la canoa, pero lo hicieron, e igual resultaron empapados. ¡No basta con la intención!

El Señor ha dicho:

"Yo, el Señor, estoy obligado cuando hacéis lo que os digo; mas cuando no hacéis lo que os digo, ninguna promesa tenéis". (D. y C. 82:10.)

Sí, no basta con la intención.

En otra ocasión, cuando Josué fue puesto como líder de Israel para reemplazar a Moisés, quien había sido relevado, el Señor le dio la clave al decirle:

"Nadie te podrá hacer frente en todos los días de tu vida; como estuve con Moisés, estaré contigo; no te dejaré, ni te desampararé. . . .

Solamente esfuérzate y sé muy valiente, para cuidar de hacer conforme a toda la ley que mi siervo Moisés te mandó; no te apartes de ella ni a diestra ni a siniestra, para que seas prosperado en todas las cosas que emprendas." (Josué 1:5, 7.)

Lo que le dijo a Josué fue que actuara de acuerdo con "*toda* la ley" (cursiva agregada).

En otra ocasión, en el caso de los jóvenes guerreros de Helamán, su éxito se debió a esta misma clave.

"Sí, y obedecieron y procuraron cumplir con exactitud toda orden; sí, y les fue hecho según su fe . . ." (véase Alma 57:21).

"Obedeciendo con exactitud toda orden." La clave para su éxito fue obedecer con exactitud toda orden. Sí, si vamos a utilizar los poderes del cielo, no basta con la intención.

Por lo tanto, debemos obedecer con exactitud toda orden. Recordad las palabras del Señor:

"Yo, el Señor, estoy obligado cuando hacéis lo que os digo; mas cuando no hacéis lo que os digo, ninguna promesa tenéis." (D. y C. 82:10.)

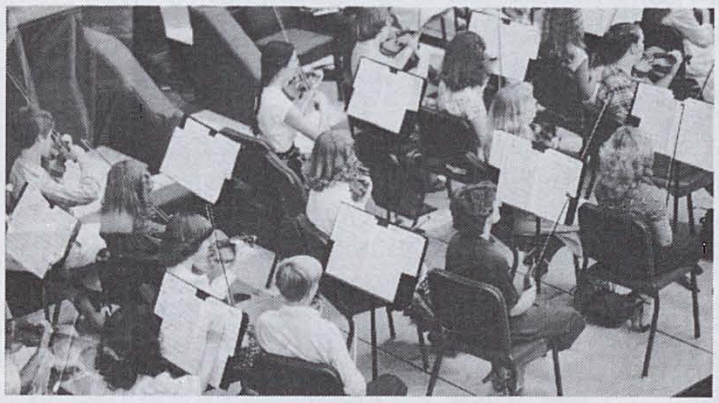
En realidad lo que debemos hacer es obedecer la ley, ¡no basta con la intención!

Si anteponéis los placeres a Dios, si rebajáis vuestras normas para ponerlas de acuerdo con las demandas populares del mundo, preguntaos si esto complace a Cristo. Preguntaos si tal retrogradación os acercará más al propósito de la vida, que es el de llegar a ser iguales al Salvador.

Elder Mark E. Petersen

Dulce armonía

por Kathleen Lubeck



Cuando empieza la música, la gente sigue el compás con los pies y la cabeza y los niños llevan el ritmo golpeando los brazos de sus asientos; la música se extiende cálidamente por el salón y lleva al auditorio al mundo de la imaginación. El concierto termina demasiado pronto, y a solicitud del público que aplaude con entusiasmo, gritando "bravo" y "otra, otra", el grupo ofrece uno o dos números más.

Ya sean marchas, disco, melodías románticas populares o la presentación del suave himno "Jehová mi Pastor es" (*Himnos*, 159), la Orquesta Sinfónica y Coro de la Juventud Mormona tienen un especial efecto mágico sobre sus oyentes. Parte es el encanto de la música misma, pero más que eso es lo que se comunica a través de ella. El público pronto se da cuenta de que no se trata de un grupo musical común y corriente.

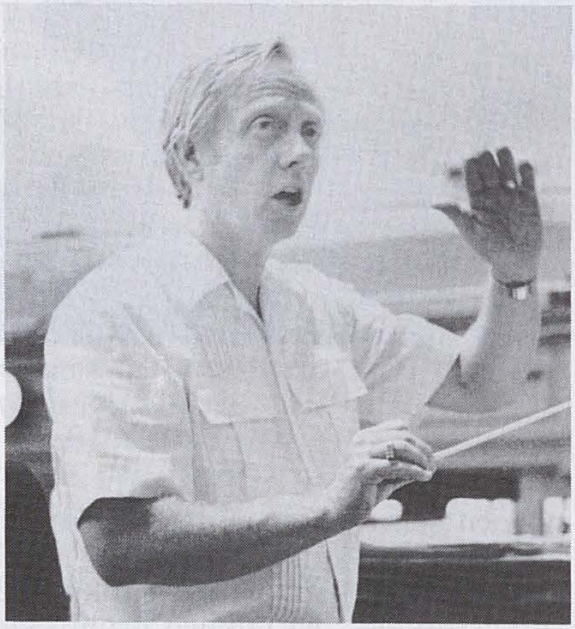
Un participante de la Conferencia de Maestros de Música comenta, después de escuchar a la Juventud Mormona interpretar "Los pinos de Roma", del compositor italiano Respighi:

"He escuchado a la Orquesta Filarmónica de Nueva York y a la Sinfónica de Chicago interpretar esta misma obra, pero nunca lo hice con lágrimas en los ojos como ahora. ¿Me pueden decir por qué?"

"Los jóvenes de ese grupo no sólo

son músicos magníficos, sino que irradian bondad", dice una persona que no es miembro de la Iglesia al asistir a un concierto que dieron recientemente en California. "Me pregunto, ¿quiénes serán?"

Son estudiantes de leyes, de medicina, de liceos o institutos, cajeros de banco, electricistas, jardineros, maestros de escuela, floristas, impresores, contadores, y muchos otros entre las edades de dieciséis a treinta años. Algunos son solteros, otros casados, y todos los 375 son músicos excelentes. Y lo que es más importante, desean compartir su testimonio por intermedio de la música.



"Cuando uno se une al grupo, sabe que lo hace no sólo por razones musicales", dice Kevin Call, el violinista principal que ha tocado como solista en varias oportunidades en que esta orquesta se presentó en el Tabernáculo. "El motivo que yo tuve para hacerlo fue el de usar la música como una herramienta misional."

Janice Call, quien canta en el coro, agrega:

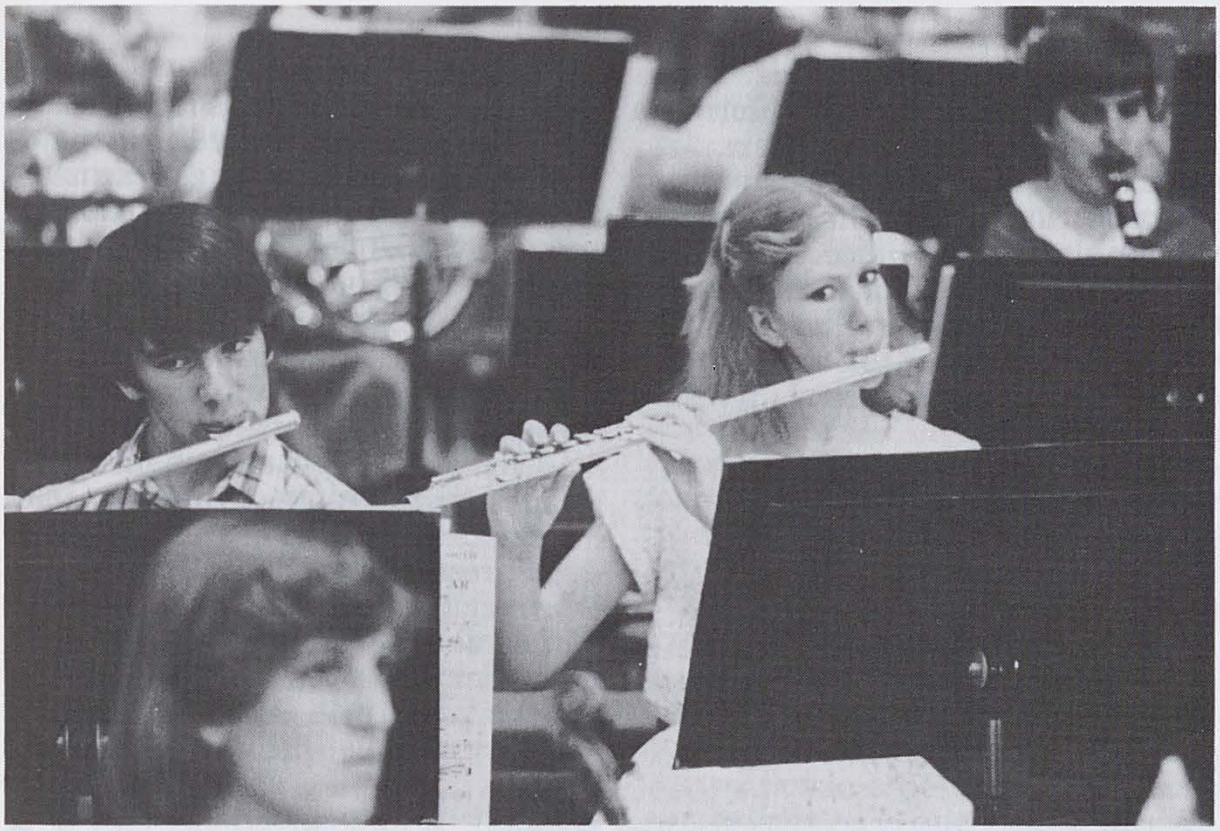
"Cuando se hace una buena presentación se puede sentir el Espíritu muy fuertemente. Uno siente que ha desarrollado sus talentos por una buena razón y que está en el grupo con un propósito: ayudar a la gente a sentirse más cerca del Señor."

Kathy Broadbent tiene tres hermanas que también han cantado en el Coro de la Juventud Mormona y nos dice:

"Es imposible describir el regocijo que siento cuando canto. Creo que la única forma de hacerlo es decirles que amo a mi Padre Celestial y que dentro de mí siento un gozo muy grande por poder hacer algo por engrandecer su reino y usar uno de los talentos que El me dio. Estamos llegando a la gente por medio de la música, y eso es algo que el Señor desea que yo haga."

Es difícil medir el impacto que causa el grupo. Llegan muchas cartas a la oficina de la Juventud Mormona preguntando qué es lo que hace al grupo tan distinto, y a la vez piden más información sobre la Iglesia. Y la impresión que da este grupo de jóvenes sobre la Iglesia Mormona sólo se puede medir en el cambio de actitud de las personas y en los conversos.

Una mujer, a quien se le dijo que no regresara jamás a su hogar después de haberse bautizado en la Iglesia, convenció a su madre para que escuchara un concierto, lo que hizo que su actitud con respecto a la Iglesia cambiara totalmente. "Ahora podré regresar a mi hogar", dijo más tarde la hija. Otro hombre que había estado investigando la Iglesia durante tres años decidió bautizarse después de escuchar a la Juventud Mor-



mona en una presentación en Sacramento, California. Y una pareja en Modesto, California, dijo que ambos se habían sentido tan conmovidos espiritualmente después de asistir a dos conciertos de la Juventud Mormona, que decidieron unirse a la Iglesia.

La influencia del grupo también tiene una repercusión mundial. Una presentación especial de Navidad por la Juventud Mormona fue el primer programa de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días que se permitió presentar en Francia, y una vez que se exhibió en televisión, se solicitaron tres programas más. Una parte del programa que se mostró en la televisión de Noruega abrió las puertas de gran cantidad de hogares, que antes estaban cerradas a los misioneros en esa nación. En la presentación especial que hicieron para el bicentenario de los Estados Unidos, el día 4 de julio, ocuparon el tercer lugar en la clasificación hecha en este país; un rico ciudadano de Nueva York quedó tan impresionado que ofreció pagar todos los gastos para mandar el grupo completo a hacer una gira a Rusia. Y se siguen repitiendo las historias que nos hablan de la forma en que este grupo ha afectado a la gente y ha ayudado a la obra misional.

"Solamente con nuestro programa radial semanal llegamos a un auditorio de 144 millones de personas en los Estados Unidos, Canadá y Europa", dice Robert Bowden, director del grupo. "También damos veinte conciertos durante el año y generalmente uno o dos programas especiales de televisión. Justamente en uno de ellos acabamos de ganar un premio Emmy."*

Con tantas presentaciones y sólo un ensayo por semana, los músicos deben tener un gran espíritu de dedicación y ésta es la razón por la que

ser miembro de la Orquesta Sinfónica y Coro de la Juventud Mormona es un llamamiento de la Iglesia.

"La Juventud Mormona no es una organización social, sino una organización de trabajo", dice el hermano Bowden. "A los que aspiren a unirse a ella por razones sociales les digo que sus intenciones son equivocadas. Estamos trabajando para la Iglesia y para la obra misional.

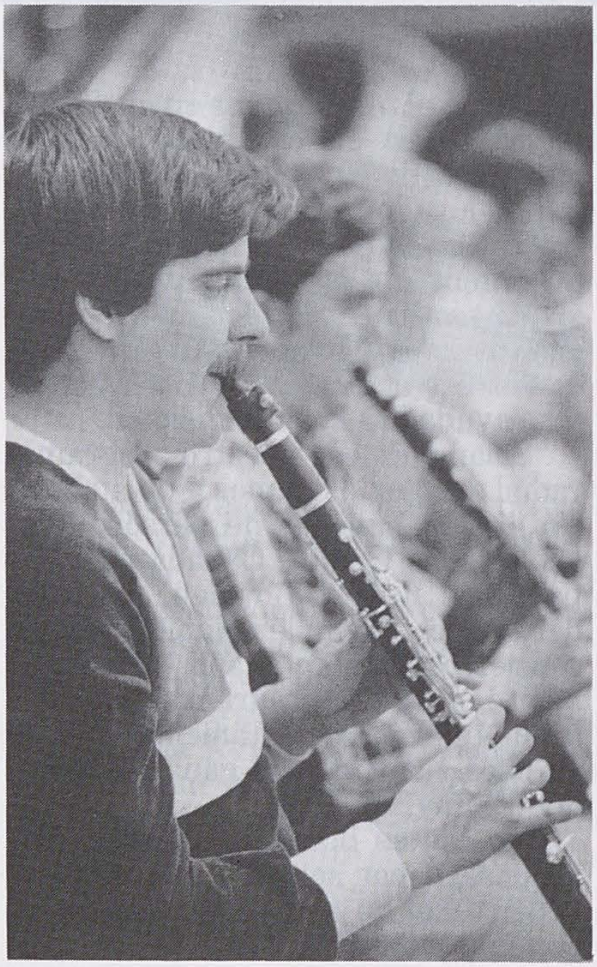
A menudo ensayamos la música un sábado por la mañana y la grabamos al siguiente; para hacer esto se necesitan músicos y cantantes excelentes, que sepan leer música muy bien. Me maravilla ver lo que este grupo es capaz de hacer.

Saben que están sirviendo al Señor y por eso desean actuar en la forma más profesional posible."

Cuando el grupo sale en gira debe enfrentar diferentes problemas. Generalmente tendrán como mínimo una presentación al día; y los viajes, formando fila para comer, y pocas horas de sueño lo convierten en una experiencia bastante agotadora.

"La parte más difícil de una gira

**Emmy: importante premio de televisión materializado por una estatuilla, que se presenta anualmente en los EE. UU. a los más grandes talentos del año en programación, producción y representación.*



es el cansancio físico", dice Linda Taylor, una alto. "Casi no hay tiempo para descansar; pero cuando actuamos, todas las incomodidades desaparecen. Cada vez que cantamos 'Yo sé que vive mi Señor' (*Himnos*, 170) siento que un estremecimiento me recorre todo el cuerpo."

A menudo, las comidas se sirven en el salón cultural de los barrios o las proporcionan familias anfitrionas; otras veces los músicos compran sus alimentos en las ciudades que visitan.

"No se puede entrar en un restaurante con una cantidad de personas que ocupan siete ómnibus atiborrados", dice Ray Furgeson, presidente del grupo. "Se necesita bastante tiempo para planear una gira antes de salir en ella."

Poder estar como huésped en casa de una familia es lo que le da realce a una gira.

"El visitar nuevos sitios es entretenido, pero para mí una de las cosas de las que más disfruto en una gira es quedarme con familias de la Iglesia", dice el tenor Jim Lamoreaux. "Lo reciben a uno como si fuera un hijo de la familia y hacen todo lo posible por hacernos sentir bien. Cuando nos vamos, nos parece que los hemos conocido toda la vida."

Como siempre, mientras van en una gira, ellos crean su magia particular, tal como cuando están en Salt Lake City. Al final de una gira por California el verano pasado, los siete choferes de los ómnibus (algunos miembros de la Iglesia y otros no) se juntaron y hablaron al grupo.

"Queremos agradecerles el privilegio de poder viajar con ustedes", dijo el que había sido designado para hablar. "Tenemos rosas suficientes para cada una de las chicas, sólo para darles las gracias por ser un grupo tan especial".

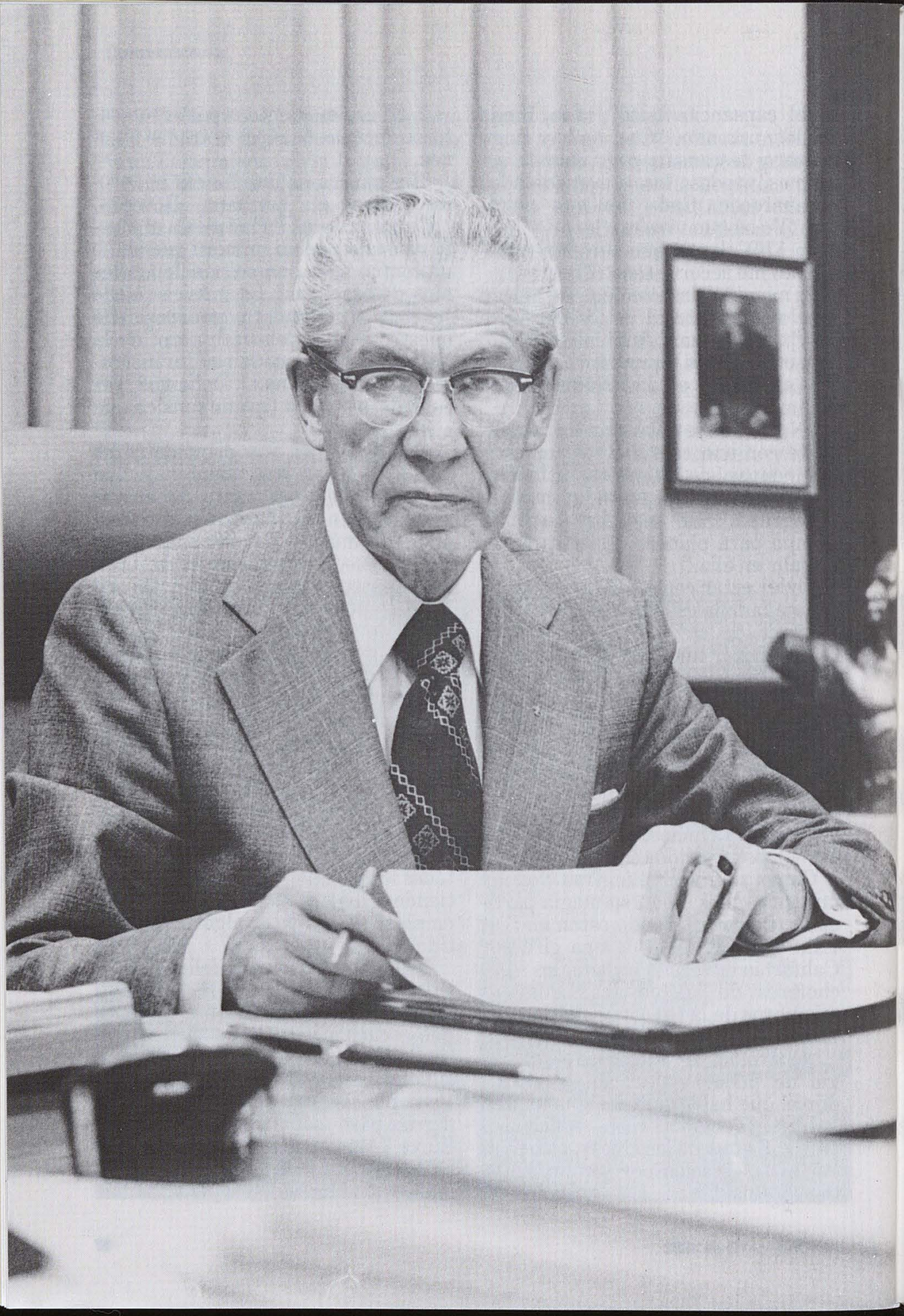
Y en ese momento repartieron catorce docenas de rosas entre las jóvenes.

"La música es una fuerza poderosa", dice el hermano Bowden. "¿Cuántas veces en la Iglesia el efecto causado por un número musical o un himno hace que se nos llenen los ojos de lágrimas? La música puede ser un instrumento poderoso de nuestro Padre Celestial; pero, de la misma manera puede ser un instrumento para el mal. Debemos ser cuidadosos con el tipo de música que utilizamos.

Estos jóvenes han decidido cómo van a emplear sus talentos y han logrado tener el espíritu de lo que están haciendo. Pueden tomar una pieza de música y hacer más de lo que yo puedo esperar de ellos, pues ese espíritu es lo que los impulsa. Se puede sentir entre el público un murmullo de admiración y notar que la gente siente ese espíritu que ellos transmiten. Realmente es maravilloso ser parte de algo así."

Indudablemente, todos los miembros del grupo piensan igual; ésa es la razón por la que a algunas personas no les importa estar en la lista de espera durante un año y medio para poder entrar en el coro o la orquesta; tampoco les importa sacrificarse todos los sábados por la mañana asistiendo a los ensayos cuando podrían emplear su tiempo en algo más divertido.

"Cuando pienso en la felicidad que siento al ser parte de la Juventud Mormona, en lo que siente la gente que escucha, y en lo bendecido que soy por el privilegio de tocar en la sinfónica, mi alma se llena de gozo. Para mí caminar por esa senda es dar un paso más hacia el cielo", dice Steve Duncan, uno de los músicos: "El sacrificio y las largas horas de dedicación bien valen la pena."



Los cinco principios de la estabilidad económica

por el presidente N. Eldon Tanner
Primer Consejero en la Primera Presidencia

Durante la Segunda Guerra Mundial, el élder Albert E. Bowen, entonces miembro del Consejo de los Doce Apóstoles, recopiló una serie de mensajes radiales en un libro que tituló: *Una constante en medio del cambio*. Esos mensajes eran muy apropiados para la época; estábamos en medio de una conflagración, y la gente de todo el mundo necesitaba un mensaje de seguridad, calma y estabilidad.

Nuestros días actuales son en muchas maneras similares a aquellos turbulentos años de la guerra. También ahora nos enfrentamos a problemas que nos dejan perplejos y, además de los evidentes conflictos en política internacional, estamos atravesando uno de los períodos económicos más difíciles que hemos visto en muchas décadas, con los problemas que traen aparejados la inflación y la administración económica personal.

Quisiera usar el título del libro del élder Bowen, y compartir con vosotros algunas de las experiencias por las que he pasado y las conclusiones a las que he llegado en los sesenta años que llevo trabajando. He vivido todas las fases del ciclo económico. Cuando era joven y estaba en mis principios, pasé por la depresión económica personal. He visto la depresión nacional e internacional, así como los períodos de inflación; he observado cómo en cada ciclo económico se ha creado lo que han dado en llamar "soluciones", que han pasado sin pena ni gloria. Estas experiencias me han llevado a la misma convicción que hizo al poeta Robert Frost escribir:

"La mayoría de los cambios que creemos ver en el mundo están en relación directa con la tendencia popular a aceptar o rechazar ciertas verdades." ("The Black Cottage", en *The Poetry of Robert Frost*, ed. por Edward Connery Latham, N.Y.: Holt, Rinehart y Winston, 1969, pág. 158.)

Lo que hoy quisiera compartir con vosotros son mis observaciones sobre los principios *constantes* y *fundamentales* que pueden traernos se-

guridad financiera y tranquilidad de conciencia, bajo *cualquier* circunstancia económica.

Primeramente, quiero establecer una base y una perspectiva dentro de las cuales se puedan aplicar esos principios.

Un día, se me acercó uno de mis nietos y me dijo: "Te he estado observando, y también me he fijado en otros hombres que han tenido éxito en la vida, y estoy decidido a tratar de lograr lo mismo. Quisiera entrevistar a todas las personas que pueda, a fin de descubrir qué es lo que las ha llevado al éxito. Abuelo, de acuerdo con tu experiencia personal, ¿cuál dirías que es el elemento más importante para obtenerlo?" Le dije entonces que el Señor nos dio la fórmula más segura para el éxito cuando dijo:

"Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas." (Mateo 6:33.)

Hay quienes nos afirmarán que muchos que *no buscan* primeramente el reino de Dios prosperan de todos modos; y esto es cierto. Pero al decir esas palabras, el Señor no nos prometía solamente riquezas materiales; y por experiencia propia os puedo asegurar que no es así. Como lo dijo Enrique Ibsen, el famoso escritor noruego:

"El dinero quizás sea la cáscara de muchas cosas, pero no el grano. Puede brindarnos la comida, pero no el apetito; puede conseguirnos medicinas, pero no salud; puede atraernos conocidos, pero no comprar amigos; puede pagar sirvientes, pero no fidelidad; días de goces, pero no la paz ni la felicidad." (En *The Forbes Scrapbook of Thoughts on the Business of Life*. N. Y.: Forbes, Inc. 1968, pág. 88. Traducción libre.)

Las bendiciones materiales son parte del evangelio, si se consiguen en la forma apropiada y por razones justas. Me viene a la memoria una experiencia del élder Hugh B. Brown, cuando era un joven soldado durante la Primera Guerra Mundial. Un día fue a visitar a un amigo ya mayor, que estaba en el hospital; era varias veces millonario, tenía ochenta años y estaba al borde de la muerte. Ni su ex esposa, y ni siquiera uno de sus cinco hijos se preocuparon por él lo suficiente como para ir a visitarlo. Al pensar en lo que su amigo había perdido, cosas que el dinero no podía comprar, comprendió la trágica situación en que se encontraba y le preguntó qué haría si estuviera en condiciones de cambiar el curso de su vida para volver a vivirla. El caballero, que unos días más tarde falleció, le respondió:

"Al examinar mi vida, pienso que la posesión más valiosa e importante que pude haber tenido, pero que perdí en el proceso de acumular millones, fue *la sencilla fe que mi madre tenía en Dios y en la inmortalidad del alma*. Me preguntas cuál es la posesión de más valor que se puede tener, y no tengo para responderte palabras mejores que las de un poeta."

Entonces le indicó al élder Brown que tomara un libro del portafolios y leyera un poema titulado "Soy un extraño", que dice así:

Soy un extraño a la fe que mi madre me enseñó.
Soy un extraño al Dios que escuchaba sus súplicas y llanto.
Soy un extraño al consuelo de las oraciones que aprendí de niño, a los brazos eternos que recibieron a mi padre cuando partió.
Cuando el gran mundo me llamó con sus señuelos, lo abandoné todo para seguirlo,
sin notar jamás en mi ceguera que mi mano ya no estaba en la Suya.

Jamás soñé en mi aturdimiento
que la fama es una gran burbuja,
un vacío,
que la riqueza del oro no es más
que oropel.
Mas ahora lo sé.
He pasado una vida buscando lo
que luego desdeñé,
he luchado y recibido muchas re-
compensas.
Pero todo lo daría, fama y fortu-
na, y todos los placeres que las
acompañan,
si pudiera tener la fe que modeló
el carácter de mi madre.

Este fue el testimonio de un hombre que había nacido en una familia de la Iglesia, pero se había apartado de ella; era el grito angustiado de un hombre solitario que tenía todo lo que el dinero puede comprar, pero que para lograrlo había perdido lo más importante de la vida. (*Continuing the Quest*, S.L.C.: Deseret Book Co., 1961, págs. 32-35; cursiva agregada.)

En el Libro de Mormón se encuentra un importante consejo que nos dejó el profeta Jacob con respecto a ese tema:

"Pero antes de buscar riquezas, buscad el reino de Dios.

Y después de haber logrado una esperanza en Cristo, obtendréis riquezas, si las buscáis; y las buscaréis con el fin de hacer bien: para vestir al desnudo, alimentar al hambriento, libertar al cautivo y administrar consuelo al enfermo y al afligido." (Jacob 2:18-19.)

La base y la perspectiva son, entonces, las siguientes: debemos buscar primeramente el reino, trabajar, planificar los gastos y gastar sabiamente, prepararnos para el futuro, y utilizar las riquezas con que somos bendecidos para ayudar a edificar ese reino. Al dejarnos guiar por esta perspectiva eterna, y al edificar sobre este firme cimiento, podemos dedicarnos con confianza a las tareas diarias y a nuestro trabajo. Dentro de este esquema, me gustaría explicar cinco principios de la constante en la economía.

Número 1: *Pagar honestamente el diezmo.* A menudo me pregunto si nos damos cuenta de que pagar el diezmo no es hacer una donación a la Iglesia, sino cumplir con una deuda que tenemos con el Señor. El es la fuente de todas nuestras bendiciones, incluyendo nuestra vida.

El pago del diezmo es un mandamiento que lleva aparejada una promesa; si lo obedecemos, se nos promete que recibiremos "de la abundancia de la tierra". Esta prosperidad consiste en algo más que bienes materiales; puede referirse a gozar de salud y de una mente alerta, a tener solidaridad familiar y progreso espiritual. Espero que si hay alguno de vosotros que no esté pagando el diezmo honestamente, procure encontrar la fe y fortaleza para hacerlo. Al cumplir con esta obligación hacia nuestro Hacedor, encontramos una grande y maravillosa felicidad, una felicidad que sólo llegan a conocer aquellos que son fieles a este mandamiento.

Número 2: *Gastar menos de lo que se gana.* He descubierto que no hay ninguna forma de conseguir jamás *ganar más* de lo que podemos gastar, y estoy convencido de que lo que nos brinda paz de conciencia no es la cantidad de dinero que ganemos, sino el *tener control* sobre lo que gastemos. El dinero puede ser un siervo obediente; pero también puede ser un exigente tirano. Aquellos que son capaces de planificar su nivel de vida a fin de tener siempre un pequeño sobrante *tienen absoluto control de su situación*; pero los que gastan más de lo que ganan *son controlados por su situación*; son como esclavos

de ésta.

El presidente Heber J. Grant dijo: "Si hay algo que puede traer paz y contentamiento, personales y familiares, es vivir dentro de los límites de nuestras entradas. Y si hay algo desalentador y que corroe el espíritu, es tener deudas y obligaciones que no podemos cumplir." (*Gospel Standards*, pág. 111.)

La clave para gastar menos de lo que ganamos es simple; se llama *disciplina*. Ya sea que lo aprendamos temprano o tarde en la vida, todos tenemos que aprender a disciplinarnos, a controlar nuestros apetitos y nuestras tentaciones económicas. Bendecido es aquel que aprende a controlar sus gastos y puede ahorrar para cuando lleguen tiempos difíciles.

Número 3: *Aprender a distinguir entre las necesidades y los caprichos*. Los deseos del consumidor son resultado de la propaganda; el sistema de competencia de la libre empresa produce artículos y servicios ilimitados a fin de estimularnos a adquirir más bienes materiales. No estoy criticando el sistema ni la disponibilidad de todas estas cosas, pero mi deseo es que nuestra gente utilice el buen criterio al hacer sus compras. Debemos aprender que el sacrificio es una parte esencial de nuestra disciplina eterna.

En este país y en varias otras naciones del mundo, ha habido y hay muchas oportunidades de trabajo para todo el que esté capacitado. Muchas personas nacidas después de la Segunda Guerra Mundial han conocido solamente la prosperidad; por ello, hay quienes están acostumbrados a la satisfacción instantánea de sus deseos. Lo que ayer era un lujo hoy se considera una necesidad.

Hay parejas jóvenes que esperan poder amueblar su casa y adquirir muchos artículos extras *apenas* se han casado, cosa que sus padres lograron obtener después de muchos años de luchar y sacrificarse. Al querer demasiadas cosas demasiado pronto, estas parejas sucumben a planes de créditos aparentemente fáciles, hundiéndose así en deudas; y el estar endeudados les impide cumplir con los planes preventivos que la Iglesia sugiere, como por ejemplo el de almacenamiento de alimentos.

La satisfacción de todos los deseos y la mala administración económica son un lastre para las relaciones matrimoniales. Gran parte de los conflictos maritales tienen su origen en problemas económicos; a veces se trata de que las entradas son insuficientes para la mantención de la familia, y otras de que no se sabe cómo administrarlas.

Una vez, un joven padre fue a hablar con el obispo y le dijo algo que se oye muy frecuentemente:

"Obispo, he recibido una buena capacitación como ingeniero y gano un buen sueldo. Durante todo el tiempo que estuve estudiando me enseñaron a ganar dinero, pero nadie jamás me enseñó a administrarlo."

Reconocemos que es bueno que los estudiantes tomen clases para aprender todo lo referente al consumo; pero la primordial responsabilidad descansa en los padres. Estos no pueden dejar al azar tan vital capacitación, ni transferir *toda* la responsabilidad a las universidades. Una parte importante de ella es explicar los diferentes tipos de deudas; para la mayoría de nosotros existen dos clases: la deuda común y la deuda por inversiones o negocios. La deuda común es la que se contrae al comprar a crédito cosas de uso o consumo diario, como por ejemplo, ropa, artículos para el hogar, muebles, etc. Este tipo de deuda está respaldado por nuestras entradas futuras, y puede ser muy peligroso; si perde-

mos el trabajo o quedamos inhabilitados para hacerlo, o nos encontramos en una situación de emergencia cualquiera, podemos tener serias dificultades para cumplir con nuestras obligaciones económicas. Cuando pagamos en cuotas, estamos utilizando la forma más cara de compra, pues al precio de los artículos debemos agregar el alto interés que nos cobran.

Comprendo que a veces, ésta es la única forma en que un matrimonio joven puede llenar sus necesidades; pero queremos advertiros que no compréis más de lo estrictamente necesario, y que paguéis vuestras deudas a la brevedad posible. Cuando el dinero es escaso, tratad de evitar la carga excesiva de los intereses.

En cuanto a contraer deudas por inversiones o negocios, éstas deben tener un respaldo tal que no pongan en peligro la seguridad económica de la familia. No invirtáis en aventuras de especulación; esta forma de inversión puede convertirse en un vicio. Muchas son las fortunas que han desaparecido por causa del apetito incontrolable de acumular cada vez más riquezas. Podemos aprender de errores del pasado y evitar esclavizar nuestro tiempo, energías y salud a un apetito voraz por adquirir bienes materiales.

El presidente Kimball nos ha dado este consejo, digno de que lo meditemos profundamente:

"El Señor nos ha bendecido como pueblo con una prosperidad inigualada en la historia. Los recursos puestos a nuestra disposición son buenos y necesarios para nuestro trabajo aquí sobre la tierra. Pero, me temo que muchos de nosotros nos hemos apartado rebaños, manadas, tierras, graneros y toda clase de riquezas, habiendo comenzado a adorarles como a dioses falsos que cada vez ejercen un poder más firme y determinado sobre nosotros. ¿Poseemos acaso más bienes de los que nuestra fe puede soportar? Mucha es la gente que dedica la mayor parte de su tiempo laborando al servicio de su propia imagen, la que incluye suficiente dinero, acciones, inversiones, propiedades, créditos, mobiliario, automóviles y demás riquezas similares, que les garantizan la seguridad carnal a lo largo de lo que esperan sea una vida larga y feliz.

Se olvida así el hecho de que nuestra asignación es la de utilizar esa abundancia de recursos en nuestra familia y quórumes para desarrollar el reino de Dios..." (*Liahona*, agosto de 1977, pág. 3.)

Como testimonio personal, quisiera agregar a las palabras del presidente Kimball lo siguiente: No conozco ningún caso en el que se hayan obtenido o aumentado la paz de conciencia y la felicidad por amasar una fortuna que sobrepase las necesidades y los deseos razonables de una familia.

Número 4: *Organizar un presupuesto y vivir dentro de sus límites.* Un amigo mío tiene una hija que viajó al extranjero con un grupo de estudiantes de la Universidad Brigham Young. La joven estaba constantemente escribiéndole a su padre para pedirle dinero, y esto lo preocupó a tal punto que decidió llamarla por teléfono e inquirir sobre los gastos que le exigían tanto dinero extra. La hija le dijo: "Pero, papá, te puedo dar cuenta de cada centavo que he gastado", a lo que él replicó: "No es eso lo que me interesa. Lo que deseo es que te hagas un presupuesto, un plan de gastos, no un diario donde registres adónde se ha ido el dinero".

Quizás todos los padres debieran imitar el ejemplo del que, al recibir un telegrama de su hijo estudiante diciendo: "Sin plata, aburrimiento de

fijo. Tu hijo", le respondió con otro en el que le decía: "Gran pena da. Hijo aburrido estará. Papá".

A través de los años, al entrevistar a mucha gente, he observado que hay muchas personas que no tienen un presupuesto de gastos, ni la disciplina necesaria para limitarse a tal; hay quienes piensan que el hacerlo les coarta su libertad; mas por el contrario, un presupuesto ayuda a obtener libertad económica.

No es necesario complicarse ni emplear demasiado tiempo para administrar bien el dinero. Se cuenta la historia de un inmigrante que ponía las cuentas que tenía que pagar en una caja de zapatos, y las que había pagado en un gancho, y guardaba el dinero en efectivo en una caja fuerte. "No sé cómo puedes mantener el negocio en esta forma", le dijo uno de sus hijos. "¿Cómo sabes si tienes o no ganancias?" "Hijo", le repuso el comerciante, "cuando bajé del barco, mi única posesión eran los pantalones que tenía puestos. Actualmente, tu hermano es médico y tú eres contador. Yo tengo auto, casa propia y un buen negocio, y no debo nada a nadie. Suma todo eso, réstale los pantalones que traje, y ahí tienes mi ganancia."

Los consejeros en materia económica nos enseñan que en un buen presupuesto hay cuatro elementos: Primero, se debe proveer para las necesidades básicas como ropa, comida, etc.; segundo, para el pago del alquiler o cuota de la casa; tercero, para necesidades tales como seguro médico, medicinas y ahorros; y cuarto, para invertir sabiamente y tener almacenamiento de alimentos.

Quisiera hacer algunos comentarios sobre dos de estos elementos. En realidad, nada hay que sea tan seguro en nuestra vida como los acontecimientos inesperados. Con el costo de la atención médica constantemente en aumento, las sociedades médicas o seguros de salud son la única forma en que la mayoría de las familias pueden enfrentar gastos de accidentes, enfermedades y maternidad, y en este último caso, los nacimientos prematuros en particular. Cuando es posible tener un seguro de vida, esto proveerá para la familia en caso de que el padre muera inesperadamente. Toda familia debe estar preparada para estos casos de emergencia.

Después de atender a estas necesidades básicas, debemos tratar de ahorrar mediante una administración frugal del dinero; y si es posible, invertirlo. He notado que muy pocas personas que no tengan el hábito de ahorrar tienen éxito en las inversiones; este hábito requiere disciplina y sentido común.

Hay muchas maneras de invertir dinero; mi único consejo al respecto es que se debe elegir un buen asesor, que tenga un registro de inversiones limpio y de éxito.

Número 5: *Tener honestidad en todos los asuntos económicos.* El ideal de la integridad jamás pasará de moda, y se aplica a todo lo que hacemos. Como líderes y miembros de la Iglesia debemos dar el ejemplo perfecto de integridad.

Mis hermanos, por medio de estos cinco principios he tratado de bosquejar lo que se podría llamar un modelo de administración económica. Espero que cada uno de nosotros se beneficie con su aplicación. Os testifico que son verdaderos y que esta Iglesia y la obra en la cual estamos embarcados también son verdaderas, en el nombre de Jesucristo. Amén.

**Adaptación de un discurso pronunciado por el presidente Tanner en la Conferencia General de octubre de 1979. Este sabio consejo se publica de nuevo a solicitud de las Autoridades Generales.*

Acróstico

por Edilberto Rodríguez

El libro que brotó desde la tierra,
Lo reveló el Señor desde los cielos.

La historia que en sus páginas encierra
Invita a cualquiera que lo lea,
Buscando la verdad pura y sincera,
Responder si es ficticia o verdadera.
Oh, si los hombres su mensaje vieran!

De dónde concebir podía el hombre
Escribir esa historia que contiene?

Más de diez siglos reposó en la tierra:
Oh, si los ángeles revelar pudieran
Rompiendo el velo que a este mundo cubre,
Mostrarnos la verdad que el mismo encierra!
Odecir a los pueblos ¡levantaos!
No despreciéis! ¡Mirad! ¡Vuestro Dios reina!

El hermano Edilberto Rodríguez, uruguayo, pertenece al barrio Escobar de la Estaca Litoral, Buenos Aires, Argentina.